

CONQUISTA ESPACIO

EL CANJE

Ralph Barby

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

659 – Los hijos de las tinieblas, *Ralph Barby*.

660 – Después del Apocalipsis, *Kelltom McIntire*.

661 – La fortaleza flotante, *Joseph Berna*.

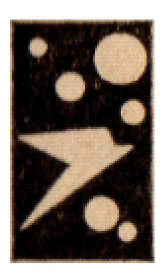
662 – La noche de los mutantes, *Curtis Garland*.

663 – Vendedor de planetas, *Clark Carrados*.

RALPH BARBY

EL CANJE

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 664
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS –
MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 9.421 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

2ª edición: mayo, 1983
3ª edición en América: noviembre, 1983

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Aún estando animada, la fiesta resultaba aburrida, tediosa, para Joel S. Wattman.

—Joel, querido.

El joven, pero ya veterano astronauta no pudo evitar que la pelirroja le arrancara un beso, y que dos féminas más le rodearan solicitas haciendo vacilar la estabilidad de la copa de champaña que sostenía en su mano.

—Hola, queridas. ¿Divirtiéndose?

—¿Es cierto lo que dicen, Joel? —preguntó una de ellas.

—La verdad, chicas, no sé qué es lo que dicen.

—Que el final del milenio lo pasarás tratando de pisar Júpiter, el gran gigante.

El sonrió:

—Pues, no creo que eso suceda. Faltan cincuenta y tres días para el año dos mil y, como saben. Ia Luna, Marte y Venus ya han sido visitados, pero para Júpiter todavía no estamos preparados. Efectivamente, es un gigante difícil, en especial por su gravedad. Además, yo no estoy siendo preparado para ninguna misión concreta. Hay otros astronautas designados para los futuros viajes interplanetarios. A mí me tienen como en vacaciones y, la verdad, rodeado de vosotras, me encuentro muy a gusto.

—Pero Joel, ¿cómo puede ser? Tú eres el más famoso astronauta después de Armstrong, que fue el primero en pisar un astro fuera de la Tierra misma.

—He tenido algunos éxitos, no lo niego, pero la mayoría de ellos no se deben a un solo hombre, a mi valor personal, sino a la labor de todo un equipo compuesto por millares de hombres y centenares de precisas máquinas.

—No seas modesto, Joel —protestó otra de las chicas—. Todos sabemos que tú has arriesgado la vida en varias ocasiones haciendo lo que parecía imposible.

De pronto, por los altavoces de la sala advirtieron:

—Atención, amigos, atención. Creo que será interesante que a través de mundovisión veamos la elección de Miss Tierra.

Se produjeron aplausos y silbidos de alegría por parte de los hombres reunidos.

Una de las paredes de aquel club, ubicado en el piso cincuenta y tres de un rascacielos de la populosa ciudad de Los Ángeles, se iluminó, formando una pantalla de doscientos pies cuadrados.

En ajustado color, apareció el gran escenario y pasarela donde se iba a efectuar la elección de Miss Tierra, último concurso de aquel siglo. Casi dos meses más y ya irían camino del año dos mil uno.

Para que el jurado pudiera constatar mejor la belleza de las féminas, éstas se cubrían con la mínima expresión de tela y los silbidos de admiración se multiplicaron en el club.

Tras la abortada Tercera Guerra Mundial, iniciada por el mundo

amarillo, se había creado un Gobierno unitario que, no obstante, respetaba la independencia económica y la idiosincrasia propia de cada uno de los países que formaban el globo terrestre.

Pese a esta unión, existía la competencia lógica en tales ocasiones, y cada país deseaba que su representante fuera la ganadora, igual que ocurría en el mundo del deporte.

—La verdad es que va a resultar difícil la labor del jurado.

Una de las féminas que estaban cerca de él, opinó despectiva:

—Sí, son lindas, pero hay muchas mujeres bonitas que no están en ese concurso.

—¿Como tú, querida?

Ella se contorneó ligeramente.

—No estoy mal del todo.

—Es cierto, no estás mal, pero a ti puedo verte otro rato. Ahora, prefiero admirarlas a ellas y entre todas, las que más me gustan, son la sueca y la española.

—Dos mujeres muy distintas entre sí, pero tengo que admitir que ambas son hermosas —aceptó la pelirroja.

Joel tomó un sorbo de champaña mientras la primera de las misses, contorneando su figura casi al desnudo y sin perder su femineidad pese a estar casi en el año dos mil, desfiló por la pasarela. Fue aumentando de tamaño en la pantalla y la verdad es que si hubiera tenido algún defecto, allí no hubiera pasado inadvertido.

Mientras admiraba a aquellas bellezas, uno de los camareros del club se le acercó diciendo:

—Mayor Wattman, le reclaman al fonovisor.

—Vaya, van a estropearme el espectáculo. Chicas, ahora vuelvo. Ya me contarán lo que me pierda de esas preciosidades.

Vació el champaña en su garganta, abandonó la copa y se dirigió a las cabinas fonovisoras. Entró en una de ellas, cerró la puerta y pulsó el botón.

En la pantalla de treinta pulgadas que tenía enfrente, apareció la imagen del brigadier Sullivan, un gran militar al que Joel S. Wattman conocía muy bien.

—A sus órdenes, brigadier —saludó hablando de cara a la pantalla. Sus palabras fueron absorbidas por el micrófono rectangular colocado al pie de la misma.

—Mayor, sé que se está divirtiendo, pero…

—Sí, estaba admirando las bellezas terrestres que se presentan a la elección.

—Lo lamento, pero deberá personarse inmediatamente en el aeropuerto; es urgente.

—¿Alguna misión especial, señor?

—No puedo decirle más, es alto secreto. En el aeropuerto hallará al mayor Ramírez, de la nación vecina. Él le entregará un sobre cerrado con órdenes a seguir. Le repito, es urgente y altamente secreto.

—Lo tendré en cuenta, brigadier.

—Así lo espero, mayor Wattman, le considero en lo que vale. Ahora, le deseo suerte.

La imagen se apagó y Joel suspiró. No podía terminar de visionar a aquellas bellezas venidas desde todos los puntos de la Tierra para mostrar su perfección anatómica.

Prefirió no despedirse de nadie. Tomó el ascensor ultrarrápido y en breves segundos se personó en la azotea-helipuerto, donde tenía aparcado el aerocóptero, nieto del autogiro e hijo del ya desestimado helicóptero.

Podía desarrollar los novecientos kilómetros hora como velocidad máxima y se movía por unas cortas aspas de unas quince pulgadas de largo. Por las puntas de las mismas, escapaban los gases de un motor a reacción que hacía girar las cuatro aspas y al mismo tiempo, creaba un remolino de gases que elevaba la nave con gran rapidez.

Con el aerocóptero cruzó la ciudad de Los Ángeles y en breves minutos aterrizó en el aeropuerto militar de base Cornilargo.

El mayor Wattman abandonó el aerocóptero al cuidado de los mecánicos del aeropuerto y anduvo en dirección al piloto que a su vez corría hacia él con un sobre en la mano.

—Hola, Ramírez. Creo que hay prisa.

—Esto es para ti. Mis instrucciones son que debemos marchar ahora mismo.

—¿Está la nave preparada para el vuelo?

—Sí. Podemos despegar en cuanto queramos.

—¿Está mi equipo dentro de la carlinga?

—Sí, hace unos minutos que espero y he pedido que lo

prepararan todo.

Joel conocía muy bien al mayor Ramírez. Habían sido excelentes compañeros en otras misiones de exploración espacial, pues la conquista del espacio se había unificado en un único centro y todos los esfuerzos mecánicos y económicos se unían para conseguir más y mejores objetivos. La competición en logros espaciales por naciones distintas, era ya historia. Cada país contribuía con algo al progreso espacial terrestre, desde la ubicación de gigantescos radiotelescopios de control hasta los minerales especiales precisos para construir las naves interplanetarias.

Con el rostro ceñudo, Joel leyó las órdenes tras rasgar el sobre que le entregara el mexicano que iba a ser su compañero de vuelo./

—¿Malas noticias, Joel?

—Yo diría que escasas noticias, Ramírez.

—A ver, déjame, hermano —pidió el azteca.

—Toma. Sólo dice que debemos partir inmediatamente y tomar suelo en el punto V-10X.

—Me temo que eso cae algo lejos de aquí.

—Subamos al aparato y consultemos el mapa secreto de vuelo. No obstante, creo que el destino será el centro del Atlántico Norte.

—¿Algún islote o nos aguardará un submarino? —preguntó el piloto mexicano.

—Creo más bien que será un submarino, pero no sé a qué viene tanto secreto. Quizá sólo sea una maniobra de prueba. En fin, pronto lo averiguaremos.

La aeronave lindbergh-1.001 larga, cilíndrica, aerodinámica, con lanza radar en el morro que al mismo tiempo producía descargas eléctricas con las cuales se abrían mejor huecos en las corrientes de aire adversas, se puso en pista.

Joel S. Wattman se sujetó el casco protector. Una vez cerrada la carlinga, lo primero que hizo fue desplegar el mapa secreto guardado en un departamento que sólo él podía abrir mediante la presión de su pulgar. Su huella dactilar, sobre una célula fotoeléctrica, actuaba de llave. Si alguien hubiera tratado de abrirlo en su lugar, habría volado en pedazos.

—Ramírez, el punto corresponde, en el Atlántico Norte, al paralelo 40.

—¿El que corresponde a Nueva York?

—Sí.

—Pues, adelante, Joel. Tengo ya muchos deseos de saber qué ocurre con tanta prisa. La verdad es que un mundo tan pacífico como el que tenemos tras la abortada Tercera Guerra Mundial, ya me estaba escamando demasiado.

La aeronave se deslizó rauda por la pista de despegue, ganando velocidad, poseía la facultad de aterrizar o despegar en vertical, pero para ahorrar combustible y poseer más radio de acción, se utilizaban los métodos de despegue o aterrizaje tradicionales.

Pronto dejó de tocar el centro de la pista y ascendió hasta los quince mil pies de altura donde podía alcanzar su velocidad óptima de cuatro mil millas hora y no molestar a nadie con sus poderosos zumbidos, propios de una nave de tan elevada velocidad.

El Lindbergh-1.001, cruzó de parte a parte la nación estadounidense en una hora, cuando los primeros colonos de dicha nación, apenas siglo y medio atrás, tardaban seis meses en recorrer la misma distancia en sus carretas tiradas por bueyes.

Joel y Ramírez se situaron con su avión biplaza sobre el paralelo 40.

Dejaron atrás la gran urbe neoyorkina, con sus casi veinte millones de habitantes aprisionados en la intensa vida desarrollada entre el acero, el vidrio y el hormigón.

—Joel, estamos llegando al punto ordenado y no veo nada, sólo agua.

—Yo tampoco, pero quizá pronto veamos algo más.

Una antena que afloraba sobre las olas del océano, a través de su sistema de radar, captó la presencia y dirección del Lindbergh-1.001. No tardó en emerger uno de los gigantes del mar.

Un submarino de más de ciento cincuenta mil toneladas, con casi novecientos pies de largo, apareció en la superficie. Inmediatamente, entre la proa y el puente, se abrieron unas amplias plataformas metálicas que semejaron unas poderosas aletas nacidas al monstruo metálico.

—Abajo, Ramírez. Nos aguardan en el submarino nuclear *Victory*.

—Preparado para la toma vertical, Joel.

El Lindbergh-1.001, maniobró con sus motores. Se estabilizó en

el aire y puso en marcha los motores de la quilla, frenándose con ellos. Luego, comenzó a perder lentamente, sin perder el equilibrio.

Se posó suavemente sobre la cubierta desplegada del submarino e inmediatamente se abrieron unas grandes compuertas de acero bajo el puente de mando.

El reactor plegó sus alas y avanzó hacia el hangar del submarino, desapareciendo dentro de él. Las compuertas se cerraron herméticamente y comenzaron a sonar las chicharras de alerta. El gran monstruo de acero de las profundidades subacuáticas descendió bajo la superficie del océano Atlántico.

El hangar del gigante del mar era capaz para cinco Lindberghs tipo 1.001. Sin embargo, allí no había más Lindberghs que el que acababa de arribar, aunque sí había un reactor particular, dos aerocópteros, un reactor cuatro plazas de la Marina y un SV- Volga 22, monoplaza ruso.

—¿Mayor Wattman?

Joel reconoció de inmediato al hombre que les aguardaba. Sonrió al tiempo que descendía del aparato.

—Almirante Carson, me han estropeado la noche.

—Lo lamento, mayor. Vengan conmigo. Abajo les están esperando.

—¿Tenemos comité de recepción, no más? —preguntó el mexicano.

—Pues sí, pero el asunto es serio, caballeros, no voy a ocultárselo. Síganme, los mecánicos cuidarán de su aparato.

Se quitaron los cascos y los chalecos salvavidas y siguieron al almirante Carson, introduciéndose en un ascensor que les condujo al corazón del submarino.

Joel y Ramírez cambiaron una mirada de inteligencia tras observar al almirante. Este no se hallaba alegre como era su costumbre, sino ceñudo, preocupado. Era evidente que algo grave ocurría, pero ¿qué podría ser?

—Señores, acaban de llegar los mayores Wattman y Ramírez, de los que supongo ya habrán oído hablar en anteriores ocasiones —presentó Carson, pasando a ocupar la presidencia de la larga mesa.

El despacho del almirante se hallaba custodiado por dos centinelas armados, cosa no habitual, y en él se encontraban el capitán del navío Casely (comandante del submarino), el segundo

de a bordo capitán Sheridan, dos hombres más y una mujer cuya belleza no quedaba mermada por el uniforme, las gafas de gran montura y el cabello rubio recogido.

El almirante Carson se pasó la mano por el rostro, preocupado. Ramírez y Joel tomaron asiento uno junto al otro.

—Caballeros, señorita, voy a presentarles rápidamente. Disculpen si no me entretengo en cortesías o ceremoniales. —Todos asintieron con la cabeza, intrigados—. A mi derecha, la doctora rusa Tania Ivanova, filóloga universal especialista en lenguas muertas, ¿no es eso, señorita?

—Sí, egiptóloga y criptóloga, almirante.

—Bien, ya lo han oído de sus propios labios.

Joel no pudo contener un silbido de admiración que tenía mucho de burla.

La fémina esbozó un gesto despectivo. El almirante objetó:

—Por favor, mayor Wattman, no es momento para bromas. La situación es grave.

—Disculpe la interrupción, almirante. Prosiga.

—Después de la señorita está el doctor Gastón Lefetau, biólogo espacial y por último, aparte del capitán Casely, comandante del buque, y el segundo, capitán Sheridan, queda el doctor Carpenther, canadiense y forense.

—Todo un equipo de especialistas, almirante —aprobó Joel, tratando de levantar los ánimos del grupo con su sonrisa amigable.

—Eso es lo que van a formar ustedes, un equipo que trabajará unido. Toda la humanidad puede perecer si ustedes no lo evitan.

—¿Va en serio lo que ha dicho, almirante?

—Sí, mayor Wattman. Ustedes van a gozar de unas atribuciones que jamás se han dado a nadie antes de ahora, pero también caerá sobre ustedes una gran responsabilidad. Naturalmente, aunque formen un equipo, podrían solicitar la ayuda de todo ser que pueble nuestro planeta si es necesario. La ciencia de los centros de investigación estará a su servicio al igual que las fuerzas policiales y militares.

La rusa Tania Ivanova parpadeó, abanicándose con sus largas pestañas, que no lograron ocultar las grandes pupilas azul claro como el cielo georgiano en primavera.

—Creí que era una investigación de simple rutina, almirante. Yo

también estoy preocupada ahora.

—Sus conocimientos, señorita Ivanova, pueden sernos muy útiles en las actuales circunstancias. Además, también ha sido enviada porque utiliza adecuadamente las computadoras para descifrar cualquier mensaje o jeroglífico por complicado que éste sea.

—Posiblemente pecaré de inmodestia, pero tengo a gala decir que no hay nada que yo haya dejado sin resolver. Toda la prensa mundial ha publicado mis trabajos sobre los desciframientos de los jeroglíficos egipcios que jamás nadie antes pudo traducir.

—Lo sabemos, señorita Ivanova, y también los dirigentes de su país y el Gobierno mundial. Por ello está aquí en estos momentos críticos que comenzamos a vivir, luego ya me extenderé en más detalles. Ahora, iré directamente al grano. Sólo uno de ustedes conoce realmente por qué está aquí, pero como se le pidió, ha mantenido el más estricto secreto, ¿verdad, doctor Carpenther?

El canadiense alto, fornido, demasiado grueso para poder decir de él que poseyera una buena estética, con manos gruesas y dedos cortos pese a ser un médico eminente, suspiró.

—Sí, almirante. He guardado el secreto tal como se me ordenó.

El biólogo doctor Lefetau, preguntó:

—¿Qué secreto es? Nos tienen sobre ascuas.

Lefetau era el más viejo de todos, pues era ya un sesentón contra las veinte y pico primaveras de la rusa Tania o la treintena de Joel Wattman y Ramírez.

—Observen el visor de la pared —Carson puso su mano sobre un botón, pero no lo oprimió todavía y siguió hablando—: Les advierto que lo que van a ver es en directo. Llegará hasta esta pantalla a través del circuito cerrado de televisión del Victory. Se halla dentro de nuestro submarino.

Pulsó el botón y la pantalla se iluminó de forma inmediata.

Tania Ivanova no pudo por menos que sobrecogerse en una sensación de espanto. Sus dedos nerviosos se crisparon sobre la mesa.

Joel Wattman y Ramírez fruncieron el ceño. El francés se quedó con la boca abierta como no dando crédito a lo que veía. En cuanto a los demás, no era la primera vez que veían a aquellos extraños seres aparecidos en la pantalla a todo color.

Aquella especie de monstruos de uno ochenta de estatura de promedio, pues había tres de ellos, tenían cuatro extremidades todas ellas apoyadas en el suelo, aunque de cuando en cuando levantaban alguna mostrando algo similar a una mano con tres pares de dedos en cada una.

Su cuerpo estaba fundido con la cabeza y los ojos eran grandes como los puños del canadiense, de múltiples iris estriados en vertical. Por la boca grande asomaban dos afilados y oscuros colmillos y una piel rugosa les envolvía en tonos rojizos y salmón, según se movieran. En ella se reflejaba la luz.

CAPITULO II

—Son cefalópodos —opinó el eminente biólogo francés.

El canadiense, admitió:

—Así es. Tienen un cuerpo óseo que es como un cono truncado e invertido, sostenido por los dos juegos de extremidades. Tanto el cerebro como el aparato digestivo, corazón, etcétera, van dentro de ese cráneo o cobertura ósea, como quieran llamarle.

—Almirante, ¿dónde han capturado esos ejemplares tan excepcionales de pulpos?

—No son pulpos, mayor Wattman. Son seres extraterrestres que si en algo se diferencian de los pulpos es en que sienten terror al agua.

—¿Es ése el motivo por el cual nos hallamos en un submarino? —preguntó Tania.

—Así es, señorita. Estamos seguros de que sus hermanos de especie los están buscando para rescatarlos.

—Doctor Carpenther, ¿fue usted quien capturó a esos bicharracos?

El canadiense suspiró. Sentía sobre sí una gran responsabilidad.

—Bueno, fue la policía local.

El almirante le interrumpió:

—Policías que también están en este submarino. Todos los que vieron u oyeron hablar de esos extraños seres se hallan dentro de este submarino, a excepción de los primeros ministros respectivos de cada país terrestre. Todos han sido advertidos, pero guardan la

más absoluta reserva. El presidente del Gobierno mundial ha ordenado la formación de este equipo para solucionar este gran problema que surge ahora a la humanidad, cuando precisamente había hallado la paz y la coexistencia.

—Pero, ¿están seguros de que esa especie de monstruos pulposos o calamarescos, como quieran llamarlos, son de otro planeta?

A la pregunta de Ramírez, el almirante asintió:

—Se les vio descender de algo semejante a un platíbolo, de los tan traídos y llevados platíbolos o UFUS. ¿No es así, doctor Carpenther?

—Así es, por lo que me explicaron los policías que intervinieron en la captura. Con respecto a su forma de ser, en especial a usted, doctor Lefetau, le diré que sus células son idénticas a las nuestras, pese a la gran diferencia de aspecto y organismo.

—Pero esos seres, pese a su monstruoso aspecto, pueden ser pacíficos.

—No, señorita Ivanova, son hostiles.

—En efecto —corroboró el doctor Carpenther—. Tuve que hacer la autopsia de un civil y tres policías que murieron bajo las armas de esos seres.

—¿Qué tipo de armas? —inquirió Joel Wattman.

—Un símil de nuestro láser corriente, pero tiene alguna variaciones.

—¿Láser? —repitió Ramírez—. ¿Quiere decir que esos seres provienen de una civilización pareja a la nuestra?

—Por la nave descrita por la policía y sus armas, nos llevarán una ligera ventaja en ciertos aspectos y en otros, nos irán a la zaga.

—Y yo que siempre había dicho que los platíbolos eran un cuento chino —se sonrió Ramírez.

—Pues esta vez son ciertos —dijo el almirante.

—¿Y la policía no les dio motivos para que ellos pudieran repeler una posible agresión disparando sus armas, doctor Carpenther?

—Señorita, esos extraños seres fueron avistados saliendo de un objeto volante, llámelo UFUS o platíbolo. Los agentes se aproximaron a ellos en son de paz, tratando de dialogar, y quienes lo hicieron en principio, recibieron la muerte.

—¿La policía disparó luego sobre ellos? —inquirió Joel.

—Sí. Hirieron gravemente a uno de ellos, que murió horas más tarde en mis manos.

—Por favor, doctor Carpenther, deles más detalles de lo que ocurrió. Explíqueles que esos seres bajaron del platíbolo con una forma humana casi idéntica a la nuestra.

—¿Metamorfosis, mimetismo? —inquirió intrigado el biólogo francés.

—Así es, pero sus facultades de metamorfosis son limitadas, sólo les duran, por lo que hemos podido controlar, aproximadamente nueves días.

—¿Quiere decir que esos seres que estamos viendo en pantalla llegaron al submarino con forma humana?

—Sí —asintió grave el almirante—. Yo mismo los recibí y los dejé encerrados en una nave donde puedan estar cómodos, pero de la que no puedan escapar ni ser vistos por nadie.

—¿Y dice que en la metamorfosis se parecían a nosotros?

—Como un diaferodes se asemeja a la rama donde se agarra. Pero, siguiendo la ley natural de que nada se crea ni nada se destruye, al cambiar de forma sólo alcanzan una talla de metro cuarenta o metro cincuenta, según corresponde a sus cuarenta kilos de peso. Son seres que, sin armas, son débiles físicamente, pese a su apariencia monstruosa. Sus extremidades no tienen mucha fuerza, pero si hay que tener en cuenta sus colmillos que, al estilo de los reptiles venenosos, inoculan veneno mortal a quienes los clavan.

—Pues no los veo yo tan débiles —opinó Ramírez—. Esos colmillos de que habla no me hacen ninguna gracia.

—¿De dónde vienen? —preguntó el francés.

—Lo ignoramos, sólo sabemos que existen y que hay más naves como la que fue vista, alrededor de la Tierra, nave que desapareció durante el tiroteo. Suerte que era de noche y esos seres fueron capturados al ser sorprendidos por la espalda y gracias a la escasa fuerza que poseen, ya que en su aspecto humano carecen de colmillos que también han sido transformados, suponemos que mediante un bombardeo de electrones en alguna frecuencia que sólo ellos conocerán.

—Pero, ¿han tratado de entablar diálogo con ellos?

A la pregunta de Tania, el canadiense repuso:

—No es posible en principio. Esos seres no poseen cuerdas vocales.

—¿Y cuando aparecen con nuestra fisonomía? —inquirió el biólogo.

—Tampoco. Sólo nos copian en lo externo. El resto de órganos interiores, por lo visto, se contraerá o dilatará según en volumen de su nuevo cuerpo. No hemos podido radiografiarles con el aspecto humano.

—¿Y su cerebro? —inquirió Joel.

—Eso es lo peor para nosotros. Su cerebro, en proporción del mismo peso, es casi el doble que el nuestro.

—Lo que equivale a decir que son más inteligentes —opinó Tania.

El almirante puntualizó:

—Sí, es posible que sean más inteligentes. También hay que aclarar que entre ellos se comunican telepáticamente y es muy posible que ahora estén captando nuestros pensamientos, ya que las paredes de acero no cortan la comunicación telepática. Sabrán cuanto decimos e incluso podrán comunicarse con sus congéneres, explicándoles lo que ocurre aquí, aunque por estar en un lugar que desconocen no pueden dar su posición.

Todos miraron hacia la pantalla visora y se dieron cuenta de que aquellos seres, aún a través de la pantalla, parecían mirarlos fijamente. Tania sintió un ligero escalofrío y Joel indicó:

—Creo que ya los hemos visto suficiente, almirante. Cierre la pantalla. Si de veras nos observan, podrían dar nuestras descripciones a sus semejantes.

El almirante Carson atendió la sugerencia y apagó la imagen.

—Lo más extraño de esos seres —medió el galeno canadiense—, es que no respiran.

—¿Que no respiran? —se asombró Lefetau—. ¿Y cómo oxidan su sangre para renovarla?

—Carecen de pulmones o de branquia como los peces. Asimilan el oxigeno a través del estómago.

—¿Mascan el oxígeno? —preguntó Ramírez, casi riéndose.

—Algo así.

—¿Toman productos ricos en oxígeno?

—Así es, mayor Wattman, en especial óxidos que los fuertes

ácidos que poseen sus estómagos hacen reaccionar. Con los metales puros formados en estado naciente, se producen sales orgánicas que les nutren y al mismo tiempo oxidan su sangre, con el oxígeno liberado. Comprendí todo esto con la autopsia que hice al ser que, al morir se transformó en lo que han visto ustedes. Luego, vimos que los otros se debilitaban enormemente. Se les pasó comida y sugerí mezclar óxidos con ella.

—Es portentoso, doctor Carpenther —aplaudió Lefetau—, Tuvo usted una intuición propia de un genio. Si no llega a ser por ella, esos seres estarían ahora muertos por, llamémosles desnutrición sanguínea y no podríamos estudiarlos ni dialogar con ellos, para tratar de conseguir un entendimiento.

—Aunque su forma de expresión sea la telepatía, es casi seguro que llegaremos a entendernos —indicó Tania Ivanova, al tiempo que se quitaba las gafas de un cristal apenas graduado, quizá un cuarto de dioptría en cada uno de ellos—. Forzosamente habrán tenido que emplear un tipo de escritura para su evolución social y científica y yo trataré de descifrarla. Podremos comunicarnos con ellos y dialogar para entendernos.

—Para eso está usted aquí, señorita Ivanova —puntualizó el almirante.

—Sí, es necesario que puedan comprendernos para ver dónde se ocultan los demás. Si son hostiles, si atentan contra nuestra especie, habrá que reducirlos por la fuerza o empujarles para que se marchen por donde han venido —dijo Joel.

—¿Es usted siempre tan belicoso? —preguntó Tania.

—Cuando es necesario, sí.

—No me había dado esa impresión a través de sus gestas espaciales. Creí que podía ser más caritativo con el prójimo, con otros seres que aún no pareciéndose a nosotros son cerebrales, razonadores y posiblemente piensan, sufren y aman como nosotros.

—Yo espero que no me ame ninguna especie de ésas.

Ramírez se rió de la respuesta de Joel y Tania Ivanova se sonrojó. Volvió a ponerse los lentes y desvió su mirada del cosmonauta para centrarla en el almirante Carson.

—No es éste momento para bromas e ironías —objetó el almirante—. La situación es francamente seria y preocupa a todos nuestros gobernantes. Hay que solucionar el caso de esos extraños

seres aparecidos en nuestro planeta con la evidente intención de mezclarse entre nosotros. ¿Con qué fin? Todavía lo desconocemos, es algo que tienen ustedes que averiguar. Su labor será difícil, ardua y puede que peligrosa. Sabemos muy poco de ellos.

—Yo creo que ya sabemos mucho —opinó Joel—. Se metamorfosean, su estado no dura más de nueve días, no hablan, son distintos a nosotros, se comunican telepáticamente, no respiran, lo que les da cierta ventaja sobre nosotros y al mismo tiempo indica que provienen o pueden sobrevivir en un planeta carente de atmósfera, en un estado ordinario pueden matar con una mordedura tipo serpiente y sobre todo que son hostiles y tiran a matar.

—Sí, mayor Wattman, es cierto, sabemos algo de ellos. No es como ocurría hace treinta o cuarenta años que la prensa o la televisión advertían de que se habían visto platíbolos voladores, lo que la mayoría de las veces, era cierto. Ahora, el caso es serio, pero nosotros estamos más avanzados y por tanto capacitados para combatirlo si es preciso.

—Sólo hablan de combatir, no de comprender.

—Señorita Ivanova, la muerte de cuatro hombres me inclina más a pensar como el mayor Wattman que son peligrosos. Hay que destruirlos. No podemos exponer a la humanidad. Todavía ignoramos de qué son capaces esos seres extra-terrestres y ustedes deben averiguarlo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y si' se propagara la noticia para advertir de lo que ocurre y que todos estuvieran alerta? —preguntó el mayor Ramírez.

El almirante suspiró una vez más, preocupado. Luego respondió aclarando la situación.

—¿Saben ustedes cuantos días faltan para que el año 1999 concluya?

—Cincuenta y tres —puntualizó Joel.

—No es mucho —opinó el biólogo francés.

—Exacto, no es mucho, que equivale a decir que es muy poco. Cuando terminó el año novecientos noventa y nueve, la humanidad se sobrecogió de pánico. Tuvo terror al fin del mundo. Se han creado muchas historias, leyendas y fantasías, predicciones para el fatídico fin del mundo. Creían que sería al nacer el año mil. Se cometieron desmanes, orgías, suicidios y asesinatos. Fue la gran

locura de la historia, pero a las pocas horas, cuando el mundo no se había destruido y la vida continuaba, la sangre vertida ya no pudo recogerse y la experiencia de aquella ocasión, tampoco. En la Noche Vieja del año mil ochocientos noventa y nueve, según los astrólogos una cometa tenía que destruir la Tierra, pero nada sucedió y todos fijaron sus miradas en el año dos mil. El año dos mil será el fin del mundo según los agoreros y ya empieza a caldearse ese clima de tensión, el clima de los supersticiosos, de los crédulos, de los faltos de razón, de quienes se dejan embaucar por predicciones temerarias que luego son la causa de muchas muertes. Imagínense lo que sucedería si se escapara una sola noticia de lo que ocurre en el Victory, de la existencia de esos seres que tenemos prisioneros. El caos sería terrible y jamás en la historia de la humanidad, en tan corto tiempo, habría corrido tanta sangre por las calles de nuestras asépticas urbes, ya liberadas de las poluciones y ruidos que las hostigaron décadas atrás. ¿Quién podría contener ese pánico? Nadie, sería como una reacción atómica. La histeria se contagiaría con mayor rapidez que el virus más mortífero en la Edad Media. Esos seres, contemplando a la humanidad desde su nave, sin exponer nada, verían cómo la Tierra se destruye a sí misma. ¿Comprenden ahora el porqué del riguroso secreto? No sería necesario que nos atacaran, bastaría con que la noticia trascendiera y el mal estaría hecho. Se abandonarían los trabajos, las milicias, las ciudades, el propio control del salvaje que cada uno de nosotros llevamos dentro. Nos arrollaríamos los unos a los otros y nadie podría combatir a los que atacaran desde el exterior. Por ello, jurarán ahora sobre la Biblia y usted, señorita Ivanova…

—Yo también sobre la Biblia, almirante.

—Magnífico. En momentos como éstos es reconfortante creer en un después. Nos va a hacer falta ante lo que se avecina.

El capitán Sheridan sacó una Biblia y todos acercaron sus diestras para prestar el juramento del silencio.

La humanidad estaba en peligro y ellos se comprometían a salvarla aunque sólo fuera callando.

Mientras, en una isla no muy lejana, tres seres cefalopódicos se miraban entre sí. Alguien muy perspicaz hubiera adivinado una monstruosa sonrisa en aquellas bocas horribles que semejaban las de algunos insectos.

CAPITULO III

El periodista Howard era un hombre de mediana estatura, fornido y con escaso cabello. Sus artículos se imprimían en dos millones de ejemplares que se repartían por toda la nación norteamericana e incluso en otras partes del globo.

Howard se había especializado en asuntos del espacio, pero no rechazaba las figuras del celuloide, ni las fiestas del gran mundo a las que acudía si le interesaban, tanto si era invitado como no.

No era precisamente joven, se acercaba a la cincuentena, pero poseía una vista de lince y el cinismo de un hampón. Por ello, no se le escapó la presencia de Dean Winner, ex comandante británico de las fuerzas aéreas y cosmonauta del departamento mundial del espacio.

Dean Winner no era ahora militar, ni siquiera pertenecía al departamento mundial del espacio. Carecía de cargo alguno representativo en cualquier departamento de gobierno y mucho menos en el mundial que unificaba a todos los países, hermanándolos en los problemas, vicisitudes, progresos y beneficios.

Dean Winner era alto, muy alto, delgado, de cabellos albinos. Era un hombre que sonreía poco y alguien había dicho de él que en sus ojos se traslucía la ambición.

No se había dado ningún parte oficial sobre la ruptura de Dean Winner con las fuerzas aéreas y el departamento mundial del espacio.

Inútiles habían sido las preguntas de los periodistas, ya que la popularidad de Winner había sido grande por ser uno de los primeros explorers de Venus.

—¿Tiene preparada alguna película, Winner?

Dean Winner, sorprendido con el vaso de whisky en la mano dentro del gran salón del lujoso hotel Lanvan de Tampa, se giró y observó al sagaz periodista.

La expresión de su rostro dejó bien a las claras que la presencia de Howard le molestaba.

—Hace tiempo que no paso por los estudios de filmación y creo

que no pienso pasar ni regresar. ¿Va a publicarlo, Howard?

—Depende.

—¿Depende de qué?

—No es usted muy popular últimamente, ha perdido puntos en la opinión mundial, claro que si me dijera de dónde saca el dinero que le permite vivir con el lujo que lo hace, quizá sí publicaría la noticia. Sería verdaderamente interesante. Hasta el Gobierno inglés, el estadounidense y el mundial se sentirían satisfechos por enterarse, ¿no cree?

—No trabajo para nadie. Tengo mis propios asuntos y ellos me dan el dinero para vivir. ¿Le basta, Howard?

—Esa noticia ya la conozco, Winner; la conoce todo el mundo. Lo que se ignora es cuáles son esos asuntos.

—Ya está bien de entrometerse en la vida privada, Howard. Déjeme tranquilo y váyase a buscar la noticia a otra parte. Usted lo ha dicho, yo ya he dejado de ser noticia, sólo soy un personaje oscuro que no importa a nadie.

' —Un personaje que vive en el gran mundo, rodeado de lujos que paga religiosamente y no se le conoce falsificación de billetes.

—Muy gracioso, Howard.

—Hay un rumor, Winner.

—No me diga. ¿Me casan con alguien? —inquirió, irónico.

—Podría ser, pues está en el mismo hotel donde se está dilucidando la Miss Terrestre. Cien y pico de chicas, todas ellas bellezas completas.

—¿Es que van a buscarme esposa entre ellas?

—No. El rumor que circula es que usted se trajo unos diamantes extraordinarios de Venus, que los pasó como piedras y que luego se los quedó particularmente. ¿Es cierto?

—Howard, publique eso y le veré en la cárcel por difamación.

—Usted disculpe, Winner. Los periodistas siempre estamos expuestos al patinazo profesional.

Pese a ser un hombre de gran flema, Dean Winner se sintió nervioso. Consultó la hora, sorbió el contenido de whisky de un solo trago y abandonó el vaso, desapareciendo en el ascensor. Pulsó el botón correspondiente a la azotea del edificio donde se hallaba el helipuerto. En él habían aparcados múltiples aerocópteros de cuatro plazas y un aerocóptero-car capaz para ciento cincuenta

personas bien acomodadas.

La nave aguardaba en el centro de la pista, sólo apta para descensos o despegues verticales, siempre que las aeronaves estuvieran propulsadas por aerohélices, ya que la propulsión de los reactores directos que utilizaban las naves más poderosas (capaces de multiplicar la velocidad del sonido) recalentaban los techos con peligro de destrucción de la azotea.

En el helipuerto había tres empleados de servicio que cuidaban de los aerocópteros allí aparcados. Luego, había un aeromozo con uniforme de gala en la puerta del engalanado y recién pintado aerocóptero-car y en la cabina de mando del mismo, el piloto fumaba un cigarrillo.

Winner se había puesto un traje anodino que no le hiciera demasiado reconocible y trató de pasar inadvertido entre los empleados del aeropuerto-terraza.

Anduvo hacia el aeromozo que custodiaba la puerta del poderoso medio para carga de pasajeros en distancias no superiores a las tres mil millas, y velocidades máximas de mil millas hora.

El aerocóptero-car era el vehículo aéreo ideal, para realizar excursiones comunitarias, visitas a exposiciones monográficas, etcétera, pero en aquella ocasión estaba muy engalanado y tenía sus motivos. Las mujeres más hermosas de la Tierra iban a subir a él de un instante a otro cuando terminara el último pase por la pasarela y ante el jurado.

El fallo no se daría a conocer hasta que las chicas arribaran a La Habana, sede del Gobierno mundial donde serían agasajadas y Ia miss correspondiente recibiría la corona reina de todas las mujeres de la Tierra.

—Buenas noches. Un tiempo espléndido, ¿verdad?

—Sí, señor Winner, una noche verdaderamente hermosa. El cielo está lleno de estrellas, pero esos puntos de luz los conocerá usted mejor que yo como astronauta que fue.

Dean Winner suspiró. Puso un cigarrillo entre sus labios y lo encendió mientras tendía el paquete al aeromozo para que también tomara uno.

—¿Me conoce?

—Lo he visto muchas veces a través de las pantallas. Le admiro, señor Winner. La verdad es que me hubiera gustado ser astronauta

como usted.

—Yo ya no soy astronauta. Por cierto, ¿van a venir las misses en seguida?

—Sí, las estamos esperando de un momento a otro.

—Subo un momento —dijo, señalando el aerocóptero-car.

—Lo siento, señor Winner, no está permitido.

Winner sonrió forzadamente, dando una palmada en el hombro del aeromozo.

—Estoy pensando en montar una compañía de aerocópteros-car para turismo interior, sólo quiero hablar con el piloto. Es necesario que vaya haciendo mis primeros contactos. Tome y luego me dice su nombre; puede que piense en usted, amigo.

El aeromozo no rechazó los billetes y sonrió, advirtiendo:

—No tengo intenciones de cambiar de compañía, señor Winner. Aquí me pagan bien.

—No lo dudo, pero siempre puede haber alguien que, como yo, pague mejor.

Dean Winner no encontró más obstáculo para subir a la nave y por el interior de Ia misma, llegó hasta la puerta de Ia cabina. La cruzó quedando frente al piloto que, a su vez, fumaba un cigarrillo.

—Noche espléndida, ¿verdad, amigo?

El piloto parpadeó extrañado.

—No está permitido subir a bordo y menos ahora.

—¿Acaso no me conoce?

—Sí, es Dean Winner... Lo siento, señor, no le había reconocido. ¿Acaso viene con las misses?

—Así es.

—No me habían advertido, en la lista no figura ningún hombre. Mi misión es trasladar a las chicas a La Habana, donde una de ellas será coronada Miss Terrestre.

—Lo sé, pero yo soy su acompañante, sólo que dije que no quería publicidad. En fin, no diga nada. Por cierto, estoy pensando en montar una compañía de aerocópteros-car para turismo interior.

—Puede ser un negocio muy rentable, señor Winner. Estos aparatos que suplieron a los primitivos autopullmans, tienen muchas ventajas, desde una velocidad moderada algo superior a la barrera del sonido, hasta a poder posarse en cualquier parte, pudiendo el turismo visitar los lugares más escarpados o los

desiertos, si lo desean.

—Sí, conozco bien las posibilidades de estas naves. Y usted, ¿cobra mucho aquí? Creo que es un buen piloto.

El piloto sonrió satisfecho por el halago.

—No puedo quejarme. En cuanto a mis emolumentos, no me está permitido revelarlo.

—Atención aerocóptero AZ 99, atención aerocóptero AZ 99.

El piloto habló ante el micrófono respondiendo a la llamada.

—Comandante aerocóptero AZ 99, receptado.

—Prepare la salida. Las viajeras están ya subiendo en el ascensor.

—Conecto motor. Cambio y cierro.

Las cortas aspas del aerocóptero-car, comenzaron a girar y el remolino de gases que se originó fue fuerte.

Se abrieron las puertas que daban a la azotea y apareció por ellas el primer grupo de chicas envueltas en sus capas y cubriéndose debajo sólo con el mini-bikini que no permitía ocultar ni añadir nada a su belleza natural.

El aeromozo uniformado de la puerta fue haciéndolas pasar al interior de la nave. Subían las últimas cuando llegó el segundo grupo y así sucesivamente hasta que se fue llenando el aparato.

El jurado quedaría en Tampa con todos los invitados y los contactos se realizarían a través de los visores gigantes en conexión directa con La Habana, transmitiendo para todo el mundo vía satélite.

Inmediatamente aparecieron dos cámaras de televisión que iban a tomar el despegue del aparato con las chicas dentro.

—Dejen que me coloque aquí —dijo Winner, aplastándose hacia atrás y agachándose ligeramente.

—¿No quiere que le enfoque la televisión?

—Así es. Usted y yo nos entendemos a la perfección.

El aeromozo subió al aparato acompañando a la última de las chicas.

Cerró la puerta y se personó rápidamente en la cabina de mando mientras las muchachas, ya acomodadas, reían nerviosamente ante el posible resultado de la elección. Muchas de ellas saludaban a través de las ventanillas a los que quedaban en la terraza, vestidos de gala conforme a la fiesta mundana que se

estaba desarrollando.

—Lo siento, señor Winner, pero tiene que bajar ahora mismo del aparato.

—Andando, amigo —ordenó Winner, sacando una diminuta pistola láser con la que encañonó al aeromozo.

—¿Qué significa esto? —exclamó el piloto.

—Que si no me obedecen, van al infierno ahora mismo, y las chicas volarán por los aires. Al venir hacia la cabina he colocado una carga explosiva que estallará cuando yo me lo proponga. De modo que cierre la puerta de la cabina, quédese aquí dentro y arriba, que hay prisa. La gente nos despide alegremente, que sus sonrisas no se transformen en lágrimas.

—¡Esto es un secuestro? —advirtió el aeromozo.

—Ya lo sé.

El piloto añadió:

—¿Y sabe también que un secuestro aéreo se castiga con Ia pena máxima?

—Sí, pero ningún jurado me declarará culpable y me condenará a la cámara de desintegración. Vamos, arriba, y no olviden que soy un experto en Ia navegación aérea. Al menor intento de avisar a tierra de lo que ocurre, todos nos vamos al infierno.

—Debo advertir al control de que despego.

—Hágalo, pero con las palabras justas. Conozco bien el argot aéreo. Vamos, rápido. Si comete alguna tontería será responsable de la muerte de todas esas chicas que ríen atrás.

—Pero, ¿qué trata de hacer raptándolas?

Como respuesta, el aeromozo recibió un golpe en el estómago que le obligó a inclinarse. Luego, un segundo golpe en la nuca lo dejó inconsciente.

—El ya está dormido. Obedezca mis órdenes y será mejor para todos. Puedo hacerme cargo de la nave en cuanto me lo proponga y usted lo sabe.

—Atención control, AZ 99 despega, cambio.

—Buen viaje. Siga la ruta marcada, tiene vía libre. Cambio y fuera.

Las palancas fueron accionadas por las manos del experto piloto y aquella especie de ómnibus aéreo se elevó lentamente, seguido por las cámaras de televisión. Se alejó cada vez más con sus luces

de señalización encendidas mientras las concursantes movían las manos tras las amplias ventanillas.

La aeronave, batiendo sus cortas alas a gran velocidad, se fue alejando en la negrura de la noche. Voló sobre Ia costa atlántica para ir al extremo sur de Ia península de Florida y desde allí volar hacia la Perla de las Antillas.

—Señor Winner, ¿qué trata de conseguir con todo este embrollo?

—Luego, si tengo tiempo, se lo cuento —respondió evasivo.

En un momento de aparente descuido, el piloto hizo girar la llave de la comunicación directa con el aeropuerto más cercano y que pudieran oír lo que ocurría dentro del aparato secuestrado.

—Lo siento, estúpido —mascullÓ el británico mirando con desprecio al piloto.

Pulsó el botón de disparo de su diminuta láser y un rayo fino, pero poderoso, atravesó de parte a parte al piloto como si hubiera recibido un lanzazo.

El aerocóptero-car quedó sin control breves instantes.

Winner se dio prisa. Disminuyó la velocidad para nivelar la presión con el exterior, abrió la puerta de la cabina y arrojó por ella el cadáver del piloto y al inconsciente aeromozo, que cayeron a las aguas del Atlántico desde una altura de nueve mil pies, infestadas de tiburones en aquella zona.

Tornó a cerrar la puerta y aceleró la marcha, mientras las chicas charlaban entre ellas, ignorantes de lo que estaba ocurriendo.

Con su bella carga de misses, Winner desvió el rumbo y fue en busca de un islote desierto de las Antillas, donde sólo había aves acuáticas, moluscos, rocas y olas batiéndolas durante milenios.

Se situó sobre el islote, de no más de dos millas de diámetro y comenzó a descender lentamente, mientras cada vez se perfilaba más una gran masa blanco grisácea de forma oválica.

Las chicas miraron curiosas por las ventanillas en tanto el aparato descendía junto a lo que semejaba un platíbolo extraterrestre.

Pese a las llamadas que le hicieron en la puerta de la cabina, Winner no abrió. Utilizó el intercomunicador para decir:

—Cálmense, señoritas, es sólo una emergencia. Estamos en lugar seguro.

Diez o doce hombres de baja estatura, pues apenas alcanzaban el metro cuarenta, salieron por una compuerta de la extraña y gran nave, cuatro veces mayor que el aerocóptero-car.

Dos de los hombrecillos se acercaron a la cabina y uno de ellos se quedó mirando fijamente a Dean Winner. Comenzó un diálogo sin palabras orales, un diálogo telepático en el que los labios no se movían para nada.

—Perfecto, señor Winner. Ha cumplido usted con nosotros.

—Espero que ustedes cumplan luego conmigo.

—No lo dude, señor Winner. Nosotros, los habitantes de Namen, cumplimos siempre. Ahora dormirán a las hembras para ser trasladadas a nuestra nave.

—¿Y el aerocóptero-car? No es bueno que lo encuentren.

—Cuando todas las hembras terrestres sean trasladadas a nuestra nave, haremos que la suya estalle.

—¿Y yo?

—Vendrá con nosotros. Despegaremos inmediatamente y será regresado a Tampa, por supuesto a un lugar desierto, pero desde allí, usted se dirigirá a Tampa y nadie notará su ausencia.

—Bien, pero, ¿cuándo volveré a ponerme en contacto con ustedes para saber cómo marcha todo? No olvide que quiero imperar sobre los esclavos terrestres.

—Usted será su emperador, Winner, pero cuando hayamos dominado la Tierra. Ahora, lo más urgente es que nuestro rey sea liberado de la prisión en que ha sido recluido y eso lo conseguiremos canjeándolo por las hembras.

Mientras ambos dialogaban telepáticamente, varios de aquellos hombrecillos que poseían nariz aparente, pero que no respiraban, abrieron la puerta del aerocóptero.

Las chicas los encontraron un poco pequeños y se hicieron chistes al respecto, mas las extrañas criaturas no reían.

De pronto, aquellos seres, que llevaban consigo unas vasijas de brillante metal, las destaparon y el gas comenzó a brotar incontenible por ellas.

Las misses se los quedaron mirando atónitas, desconcertadas. Ninguno de aquellos hombrecillos había pronunciado palabra.

Comenzaron a escucharse toses y varias de las chicas quisieron salir del aparato, pero la puerta fue cerrada. Se escucharon

protestas y también gritos. Luego, un silencio total. Todas ellas se habían dormido profundamente a causa del gas liberado y que los namenitas no habían respirado por carecer de pulmones.

De nuevo fue abierta la puerta del aerocóptero-car. Del interior del platíbolo salió una pequeña nave de carga, accionada por ruedas, que se acercó a la nave terrestre. Fueron descargadas las féminas dormidas, cuya belleza no sería vista aquella noche en la capital de Cuba, donde el Gobierno mundial aguardaba su llegada.

Dean Winner, fumando un cigarrillo, presenció el traslado. Luego, subió él también a aquella especie de platíbolo que no era circular, sino oválico y con una altura máxima de treinta pies en el cono que se formaba en su centro.

El aerocóptero estalló tras recibir el impacto de un rayo luminoso que brotó de la nave extraterrestre.

Envuelto en llamas, fue abandonado en el islote, mientras el platíbolo namenita despegaba, emprendiendo el vuelo en dirección a Tampa, pero siempre buscando lugares por donde no pudiera ser detectado.

Tal como los namenitas prometieran, Dean Winner fue abandonado cerca de Tampa, a quince minutos caminando de una carretera estatal.

Con paso rápido, Winner se dirigió a la autovía e hizo auto-stop, un poderoso automóvil eléctrico sobre colchón de aire, ya que las ruedas habían sido obligatoriamente anuladas una década atrás, se detuvo junto a él.

—¿Puede llevarme a Tampa?

—Claro que sí, Winner, pero qué extraño encontrarle aquí.

Winner con ojos desorbitados, reconoció al hombre que conducía el coche.

—¡Howard, el entrometido periodista!

CAPITULO IV

El almirante miró al grupo seleccionado para estudiar y, si era necesario, combatir a los seres extraterrestres.

—Creo que es hora ya de que vayan a descansar. Son las nueve de la mañana y la tripulación del Victory ya ha desayunado.

—Pues es horita de que desayunemos nosotros. Si no lo hacemos, esos extraños tipos, aunque débiles como dice el doctor Carpenther, van a poder con nosotros.

—El capitán Casely les acompañará al comedor de oficiales. Podrán desayunar tranquilamente, ya que estarán solos.

—Sí, y podremos seguir opinando sobre nuestros extraños visitantes que no hablan ni respiran y sin embargo, están vivos —ironizó el biólogo Lefetau.

Mientras se ponía en pie para pasar al comedor donde les habían preparado el desayuno, Joel preguntó a la única fémina del grupo que acababa de colocarse a su lado.

—¿Cómo piensa comunicarse con ellos?

—Lo ideal sería tener algún libro de ellos, un simple panel en el que hubieran órdenes escritas.

—¿Y si no hay nada de eso? No vayamos a olvidar que su nave está lejos de nuestro alcance.

—Quizá ellos traten de comunicarse con nosotros. Sería lo más probable tratándose de seres tan inteligentes, ya que poseen el duplo de nuestro cerebro.

—Es posible que tengan un gran cerebro, pero que todavía no sepan utilizarlo adecuadamente.

—¿Por qué?

—Verás, Tania… Bueno, disculpa el tuteo, pero si vamos a ser compañeros mejor será que abreviemos los tratamientos.

Tania Ivanova aceptó, al parecer indiferente.

—Como gustes.

—Nuestro cerebro está más capacitado de lo que lo usamos comúnmente. Según los médicos, y el doctor Carpenther nos lo puede confirmar, al morir tenemos gran parte de nuestro cerebro virgen. ¿No es cierto, doc.?

—Sí lo es —asintió el canadiense que les había oído—. También esos seres tienen una parte de su cerebro virgen.

—No, café, no —rechazó Ramírez en el salón comedor de los oficiales—. Quiero dormir un poco y luego ya no podría pegar un ojo.

—Pues yo, sí quiero café, y doble —pidió Joel.

—A mí también —dijo ella.

Junto a cada servicio estaba doblado el periódico que se

publicaba a bordo, confeccionado con las noticias que captaba la antena que afloraba a la superficie y procedentes de la agencia mundial.

—Fíjense, parece que estamos de mala suerte. Han desaparecido las misses que ayer desfilaron por la pasarela en Tampa —indicó Ramírez.

Joel S. Wattman frunció el ceño.

—¿Que han desaparecido?

—Sí, fíjate en el periódico. «Noche negra» lo titulan. También ha aparecido asesinado el famoso periodista Howard, pero ya había enviado la última crónica del día. Todas las desapariciones y muertes tienen lugar en Tampa o en sus cercanías.

—Pero ¿qué ha ocurrido realmente? —inquirió Tania.

Joel leyó en voz alta:

«Las misses desparecieron junto con el aerocóptero-car. Los aeropuertos de Tampa, Miami y La Habana, perdieron el contacto radiado con el aerocóptero-car que transportaba a las misses. A primeras horas de la mañana, los aviones de reconocimiento descubrieron el lugar donde fueron hallados los restos calcinados del aerocóptero AZ-99, pero no se encontró el menor vestigio de los cadáveres, ni pista alguna que pudiera delatar su paradero. El islote está desierto y carece de vegetación. Uno de los vigilantes del helipuerto del hotel Lanvan de Tampa, dice que creyó ver subir al aerocóptero-car a un sujeto rubio, casi albino, que no dejó ver su rostro, mas no está muy seguro de sus manifestaciones. La policía está interrogándole más a fondo.»

—Hubiera querido ser yo quien se llevara a esas chica —bromeó el mexicano.

—¿Quiere decir que iba a poder con un harén semejante? —bromeó el doctor Carpenther pese al sueño que le embargaba.

Joel agregó a la lectura:

«El famoso periodista Howard apareció muerto en la carretera estatal doscientos veinte, a treinta millas de Tampa, cerca de unos desfiladeros rocosos. Fue muerto por el fino disparo de un Láser de bolsillo. Sin embargo, su automóvil fue hallado en Tampa City. Se

teme que fuera un vagabundo quien lo asesinó para robarle el coche.»

Hizo un alto y añadió:

—La crónica se extiende en el artículo que Howard redactó sobre la noche de ayer con las misses y también habla de un ex cosmonauta, de Dean Winner concretamente.

—Ese sujeto no me cae bien —comentó Ramírez.

—Es un héroe de la investigación espacial —puntualizó Tania Ivanova.

—Es posible —dijo Joel—, pero a mí tampoco me simpatiza. Winner y yo hemos sido compañeros de misión. Sin embargo, el periodista Howard sólo se refiere a cuestiones particulares, dejando un interrogante al final. Se pregunta con qué dinero vive Dean Winner.

—Creo que el asunto de las misses desaparecidas es mucho más interesante. ¿Quién será el bárbaro que se las ha llevado a todas? —rió Ramírez.

—Yo con una me conformaría, siempre que fuera muy mujer y tuviera inteligencia. A mí no me agradan las mujeres que llevan gafas sin necesitarlas, sólo por parecer más intelectuales.

—Si te estás refiriendo a mí, Joel, creo que soy un tema poco interesante para que se me preste atención. No pretendo gustarte de ninguna forma. Estamos aquí para una misión y grave, no para hacer la misma labor que dos animalillos en primavera.

—Caramba, Joel, te ha llamado animalillo.

—Qué le vamos a hacer, Ramírez. Uno no es de piedra, pero tendré en cuenta las observaciones de Tania. La veré tal cual es, una estatua de piedra. Ahora, permítanme, veo algo interesante en esta fotografía aérea del lugar del suceso.

—¿Te refieres al destrozo del aerocóptero-car? —preguntó Ramírez mientras Tania ingería aprisa y malhumorada su desayuno. De cuando en cuando, lanzaba una mirada furibunda al norteamericano a través de sus gafas grandes, pero de reducida graduación.

—Junto al aparato siniestrado hay una mancha blanquecina, cuatro o cinco veces mayor que lo que pudiera ser el propio aerocóptero-car.

—Puede ser un desnivel del terreno al que le dé más luz solar. Hay que tener en cuenta que la fotografía es aérea.

—Sí, y Ia mancha tiene forma oval.

—Yo no veo ninguna particularidad a esa mancha —comentó Tania despectiva, tratando de molestar a Joel.

—Los criptogramas o jeroglíficos son lo tuyo, Tania, pero yo he volado mucho y estoy acostumbrado a ver las cosas desde un prisma de altura. Estoy seguro de que esa mancha no es natural.

—Da lo mismo —objetó Ramírez mientras hundía sus picatostes en el chocolate que tenía delante.

—No da lo mismo porque pienso averiguarlo por mí mismo inmediatamente.

—¿Vas a abandonar ahora el equipo? —inquirió la fémina.

—Sí, en cuanto termine el desayuno.

—Al almirante no va a gustarle tu deserción. Creerá que tienes miedo a tanta responsabilidad o a esos seres que ahora permanecen prisioneros en este submarino.

En vez de responder a la mujer, Joel se encaró con el canadiense y preguntó:

—¿Cuál es el informe de la policía sobre el objeto volador del cual descendieron esos seres que ahora permanecen en el submarino?

—Era una nave grande y oválica según dijeron.

Ramírez, con el picatostes frente a sus dientes, quedó perplejo mirando a Joel.

—No pensarás que el asunto de las misses raptadas tiene que ver con esos endemoniados seres con forma de pulpo, ¿verdad?

—Es una posibilidad que hay que averiguar. Mientras el doctor Carpenther trata de mantenerlos con vida, el doctor Lefetau estudia su biología y posibilidades de vida y resistencia a los virus o capacidad de propagación de los mismos y Tania se preocupa de mantener comunicación con ellos, nosotros podemos averiguar qué hay de cierto en esa mancha. Después de todo, sólo vamos a perder tres o cuatro horas como máximo entre ida y vuelta.

—Eh, ¿y cuándo duermo? —protestó Ramírez.

—Pide ración doble de café. Te hará falta.

—Si sólo va a ser por unas horas, puedo inyectarle una droga que los mantendrá despiertos totalmente durante treinta y seis

horas. Les prevengo que al término de las mismas caerán rendidos y aunque no lo quieran dormirán un mínimo de doce horas seguidas.

—Doctor Carpenther, con el sueño que tenemos y las cosas que nos quedan por hacer, lo mejor será que nos inyecte. Tripular un Lindbergh-1.001 no es como conducir un vulgar aerocóptero utilitario.

—Está bien, al término del desayuno les inyectaré y les deseo que descubran algo positivo. Por cierto, creo que la policía no tomó ninguna fotografía aérea del lugar donde tomó tierra el platíbolo del que descendieron los seres que ahora tenemos cautivos.

—Si tenemos alguna duda, iremos nosotros mismos a comprobarlo, por ello será mejor que me dé la situación exacta del lugar donde esa nave no identificada tomó tierra.

—No habrá inconveniente, mayor Wattman. Tendrá la situación dentro de unos minutos.

El almirante Carson hizo su entrada en el comedor de oficiales y Wattman se apresuró a interpelarle.

—Señor...

—Diga, mayor.

—Necesitaría los servicios del ingeniero electrónico del Victory.

—¿Tiene algún plan in mente?

—Pues, sí.

Todos observaron a Wattman interrogantes. Era el centro de la atención y curiosidad general.

—Tengo un plan, pero es mejor que no revele nada. Se basa en simples sospechas, nada más. Si fracaso puedo perder unas horas, eso es todo.

—Bien, mayor, todos confiamos en su buen hacer. En cuanto a su sagacidad, la demostró sobradamente cuando hizo exploraciones en los planetas hermanos de la Tierra. Les proporcionaré credenciales de «Misión Especial Pólice World» que les facilitarán el camino.

—Ramírez...

—¿Qué, Joel? —preguntó sin utilizar el tratamiento pese a estar frente al almirante.

—Haz que preparen el Lindbergh-1.001, vamos a marcharnos en cuanto termine con el ingeniero electrónico.

—O.K. como decís los yankis.

El mayor Ramírez se despidió de sus compañeros de equipo, todos preocupados en la investigación que debían realizar como parte integrante del equipo que había de salvaguardar a la humanidad de aquella invasión o presencia de extraterrestres.

Ramírez dispuso el llenado de carburante del superreactor Lindbergh-1.001. Un tractor enganchó su cable al morro del superreactor. Las puertas del hangar se abrieron y las planchas de acero se unieron. En el centro de las mismas quedó colocado el avión mientras la nave apenas se balanceaba por el oleaje del océano.

Los motores se pusieron en marcha y el superreactor comenzó a ascender verticalmente en medio de un gran estruendo. Cuando hubo alcanzado la altura precisa, giró sobre sí mismo para tomar la ruta del Sur. Los motores de las alas iniciaron el rodaje y mientras se propulsaba hacia el Sur, los motores de despegue vertical se detuvieron.

El Lindbergh-1.001 tomó altura hasta llegar a un techo de catorce mil metros. En apenas cincuenta y cinco minutos de vuelo, arribaron a las cercanías del islote donde fuera destruido el aerocóptero-car de las misses.

—Parece que hay fiesta abajo —opinó Joel mientras el Lindbergh-1.001 se posaba en un lugar libre de la isla, desierta de ordinario, pero ahora invadido por dos aerocópteros de la policía internacional y varios particulares de las agencias de noticias, con sus reporteros quemando película sobre el lugar del misterioso desastre, puesto que no aparecían restos humanos por parte alguna.

—Hasta que se encuentren los cuerpos de las chicas habrá noticia. Todo el mundo querrá saber qué ha sido de ellas. Lo que no entiendo es qué traes entre manos. Joel. ¿Qué tiene que ver ese desastre con esos monstruos que hay dentro del Victory?

—Aún no lo sé, pero puede haber mucha relación.

—Si han sido ellos los que han raptado a las chicas, tendré que admitir que poseen buen gusto.

Joel, a cierta distancia de los aerocópteros para no provocar ningún accidente debido a la fuerza y potencia del Lindbergh-1.001, escogió aterrizar sobre la mancha que sus pupilas sagaces habían identificado como extraña en las fotografías de

prensa. Mancha que desde el propio suelo no podía precisarse. Toda la atención general se centraba en el aerocóptero-car siniestrado.

Apenas se hubieron detenido los motores del superreactor el oficial de la policía internacional, encargado de esclarecer el caso de las misses desaparecidas, se les acercó interrogante.

Joel le saludó brevemente y saltó a tierra.

—¿Curiosos? —inquirió malhumorado el oficial germano.

—Creo que será mejor que vea estas credenciales, capitán.

El oficial tomó las credenciales «MSPW» entregadas a Wattman por el propio almirante Carson.

—Hum, parece que no puedo hacer preguntas y que debo dejarles paso franco en todo.

—Así es, capitán.

—¿Vienen a investigar el caso?

—Lo siento, capitán, usted mismo lo ha dicho, no se nos pueden hacer preguntas y le ruego que no diga a los reporteros qué clase de credenciales llevamos.

—De todos modos, no podremos evitar la publicidad, mayor. Usted es un cosmonauta popular y el mayor Ramírez también. Les harán fotografías por estar aquí, ya que después de los restos del aerocóptero-car, no hay nada más que fotografiar y han de llenar sus columnas como sea.

—Nosotros responderemos «sin comentarios», como si fuéramos políticos después de una conferencia, ¿verdad, Ramírez?

—Sí, nos haremos un poco antipáticos. Después de todo, no va mal un poco de mala publicidad para que luego nos hinchen de excelente publicidad. Así es el mundo de la Prensa.

—Bien, si desean curiosear algo en especial, díganmelo que les ayudaré. Este caso se presenta muy difícil, no hay huellas visibles del aterrizaje de otros aerocópteros, aviones ni naves. Ya han sido analizadas las aguas.

—Gracias, capitán, sólo daremos un vistazo.

—Pues háganlo pronto porque ahí vienen los periodistas con sus filmadoras y creo que ya los han reconocido.

—¡Mayor Wattman! —interpeló uno de ellos—. ¿Era su novia alguna de las chicas?

—Sin comentarios —respondió Joel sonriente abriéndose paso

entre aquel cerco de manos y filmadoras que habían de abastecer a la red mundial de noticias.

Se acercaron a los restos carbonizados del aerocóptero. Dentro de él no había nada reconocible y el más absoluto misterio prevalecía; la desaparición de los pilotos inclusive.

—¿Ves algo de particular, Joel?

A la pregunta del mexicano, Wattman respondió negativamente.

—Dentro del aparato no hay nada. Regresemos al Lindbergh.

—Espero que no hayamos perdido el tiempo.

—Creo que no, pero todavía no estoy seguro.

Al llegar a la gran mancha, en una zona no afectada por los motores del reactor, Joel se agachó como para abrocharse mejor los zapatos. Lo que hizo fue recoger un poco de aquella tierra fina que constituía una parte de la mancha.

Antes de que subieran al superreactor, el germano encargado de la investigación se les acercó mientras los defraudados periodistas quedaban atrás. Sin embargo, habían gastado película en los dos astronautas, ya que ellos siempre constituían noticia.

—¿Algo que pueda ayudar en la investigación?

—La verdad, capitán, ni yo mismo lo sé.

—¿Y por qué ha cogido un puñado de tierra, mayor?

—Es usted sagaz, capitán. Cuando se prolongue la investigación, quizá pueda responderle. Ahora, hasta pronto.

El Lindbergh-1.001 tornó a despegar en vertical, ya que el terreno del islote no permitía un despegue ordinario, con el consiguiente ahorro de combustible y aumento del radio de acción.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Ramírez a través del intercomunicador del Lindbergh.

—A las cercanías de Tampa. Una vez allí, disminuiremos la velocidad al mínimo y descenderemos a tres mil pies.

—Espero que no nos carguemos a ningún aerocóptero utilitario que esté sobrevolando la zona.

—Sí, hoy en día, proliferan tanto esos aerocópteros utilitarios con los que los papás llevan al campo a sus niños y al perro que la circulación aérea se está haciendo difícil.

Tomada ya la altura necesaria, el Lindbergh-1.001 salió como catapultado en dirección a la península de Florida. Según los datos que tenía de la Prensa, Joel consultó su mapa a través del diminuto

televisor de a bordo que le facilitó los datos necesarios. Pronto apareció en pantalla el mapa requerido y marcó su ruta con el control automático.

La distancia a cubrir era relativamente pequeña para un superveloz del aire como el Lindbergh. No tardaron en situarse sobre Ia zona en que fuera hallado muerto el periodista Howard.

—Hay que descender. Reduce el paso del carburante al mínimo —ordenó Joel a su compañero.

Tras conseguir la altura necesaria, estuvieron sobrevolando la carretera y sus alrededores por espacio de varios minutos.

—Tendré que admitir que mi intuición está fallando —admitió Joel desesperanzado.

—Aguarda, ¿no será aquello lo que estás buscando?

—¿El qué?

—Inclina el aparato a babor y podrás verlo debajo de ti.

El Lindbergh torció su ala del lado de babor y la visibilidad desde la carlinga aumentó.

—O.K. Ramírez, eso es lo que estoy buscando. ¿No te parecen muy similares las manchas?

—He de admitir que tienen Ia misma forma y tamaño, pero ¿cómo podrás demostrar que pertenecen al platíbolo?

—Cogiendo una muestra de ahí abajo. Luego, se hará otro tanto en Canadá, en el lugar donde tomó tierra el platíbolo que fue visto. Llevaremos las tres muestras al centro de control de análisis y allí espero que te den algunos datos que concuerden en los tres casos.

—Esperemos que así sea, Joel.

El Lindbergh, descendió en aquella zona, aparentemente perdida y desértica. Cogieron una nueva muestra que fue introducida en un sobre que numeraron al igual que el primero tomado en el islote antillano.

Ya de nuevo en el aire, Ramírez inquirió:

—Y ahora, ¿hacia el Canadá?

—No, a Tampa.

—Sí, es cierto, hay que reponer combustibles si queremos llegar al Canadá sin novedad.

—Yo no iré al Canadá, Ramírez.

—¿No? Oye, que este cacharro no puede ser conducido por un solo hombre —protestó.

—De acuerdo, en Tampa pide al director del aeropuerto que te proporcione un oficial que copilote el Lindbergh. Si muestras las credenciales de «Misión Special Pólice World», que nos ha proporcionado el almirante, te facilitarán ayuda inmediatamente.

—Y tú te quedas en Tampa para dormir a pierna suelta, ¿no?

—Nada de eso, Ramírez. Conecta la emisora ultracorta.

—En esa emisora no se escuchan palabras, Joel.

—Ni yo pretendo que las oigas. Conecta el receptor.

—De acuerdo. —Al conectarlo, salieron fuertes unos sonidos intermitentes, fáciles de reconocer.

—¿Oyes bien?

—Diablos, suenan tan fuertes que van a reventarme el tímpano.

—Se oyen fuertes porque proceden de a bordo.

—No me digas que llevas tú el emisor...

—Sí, lo tengo pegado con tela adhesiva entre los dedos de los pies. Es diminuto y tiene un tiempo limitado de cuarenta y ocho horas de vida.

—¿Qué te propones hacer con él?

—Deberás controlar estas señales de radio intermitentes para saber en todo momento dónde estoy. Puedes localizarme si te lo propones a través del radiogomiómetro.

—¿Y cuándo sabré que te he de buscar?

—Cuando yo, oprimiendo el dedo junto al cual va pegado el emisor, emita las mismas señales pero más espaciadas.

—Comprendo. Cuando te haya localizado, ¿qué hago?

—En el momento en que yo haga eso, no sé dónde estaré. Tú conectarás tu cámara televisiva hacia el lugar donde creas que esté y transmite lo que veas, en la frecuencia precisa, para que sea captado por el Victory, pero antes de hacerlo ponte en contacto con ellos.

—¿Sólo he de tomar imágenes de televisión y dirigirlas al submarino?

—Eso es. Todos allí sabrán qué hacer. Que la decisión, si hay que tomarla, parta del almirante Carson.

—¿Crees que vas a tropezarte con los extraterrestres?

—Si mi plan surte el efecto deseado, sí.

—¿Y cuál es tu plan, Joel?

—Dejarme capturar, eso es todo. Si no regreso, deséame buen

viaje al infierno, amigo.

Joel S. Wattman divisó ya el aeropuerto de Tampa y conectó el radio para comunicarse con el resto de control de aterrizaje.

CAPITULO V

—¿Cuál es la habitación de Dean Winner?

El conserje del hotel, preocupado por los sucesos de la noche anterior y las investigaciones de la policía, repuso algo cortante:

—Un momento, señor. Ah, si es usted...

—Sí, Wattman, el cosmonauta.

—La habitación del señor Winner es la ciento catorce pero, aguarde un momento, debo avisarle por teléfono; es Io obligado.

—Bien, llame. No creo que mi amigo Winner se niegue a charlar conmigo sobre aventuras pasadas.

—Aventuras maravillosas, señor Wattman. Un momento, por favor.

El conserje telefoneó y en seguida, sonriendo amablemente, indicó a Joel:

—Puede usted subir. El señor Winner le espera.

El elevador le llevó hasta el piso décimo. Apenas hubo llamado a la puerta cuando ésta se abrió. Dean Winner le recibió sonriendo ligeramente.

—Hola, Joel. Creí que ya no te hablabas con un ex cosmonauta.

—Bueno, a todos se nos acaba el servicio activo un día u otro. Si me dejas pasar, charlaremos mejor adentro. Espero que viviendo con el lujo que lo haces no te faltará un buen «bourbon» con que mojar la garganta.

—Oh no, por supuesto, un whisky no se le niega a nadie. Pasa, Joel.

El apartamento era de los más elegantes del gran hotel de Tampa, elegido para el pase de las misses terrestres precisamente por su hijo. El Lanvan era uno de los cuatro hoteles más lujosos de la tierra, y hospedarse en una suite como aquélla no estaba al alcance de cualquier fortuna. Así lo expuso Wattman.

—Te costará mucho vivir en esta choza, ¿eh, Dean?

—Bueno, yo pago mis cuentas y la dirección del hotel no se

queja de mí. ¿Alguna pregunta más, Joel? ¿Acaso te envía el centro de investigaciones del espacio? —Sonrió añadiendo—: ¿Es que piensan en mí como el hombre idóneo para una expedición interplanetaria arriesgada?

—Pues, no. Que yo sepa y por ahora, no hay ninguna expedición arriesgada a Neptuno o Plutón.

—Mejor. Yo me hallo muy feliz en Florida.

—¿Y por qué no en las Antillas, Dean?

- Ante aquella pregunta, Dean Winner mostró unos ligeros pliegues en las comisuras de sus ojos. Su sonrisa resultó más forzada.

—En las Antillas hay buenos hoteles, no lo niego, pero me he habituado a éste.

—De acuerdo, y máxime con los rápidos medios de comunicación existentes en nuestros días. Hace un siglo, ni se hubiera podido soñar ir de Tampa a un islote de las Antillas y regresar en el tiempo máximo de una o dos horas.

—Sí, es cierto —asintió Dean sosteniendo el bombardeo de indirectas—. Un Lindbergh-1.001 puede realizar esas maravillas y no digamos un cohete interplanetario.

—¿Y por qué no un platíbolo extraterrestre?

Dean Winner dio la espalda a su ex compañero mientras llenaba dos vasos de «bourbon».

—Vamos, Joel, tú y yo, mejor que nadie, sabemos que no existen esos platíbolos. Sólo son fantasías de neuróticos o de películas de televisión.

—A veces, esas películas predicen el futuro.

—No me digas que tú, que has estado en varios planetas, crees en ellas.

—Verás, era yo un niño y leí un libro de ciencia ficción que me impresionó.

—¿La guerra de los mundos, de Wells?

—¿Tienes cruce telepático conmigo?

Pese a su flema, Dean Winner palideció ligeramente, cosa difícil de advertir por su piel blanca, propia de un albino.

—Es lógico suponer que te refieres al libro más popular de ciencia-ficción. Es conocida la historia del impacto que causó la emisión radiada de la versión libre de ese libro por un joven

llamado Orson Welles que luego se hizo famoso en el cine. Creo que, al ser radiado, el libro produjo una histeria difícil de contener.

—Así es. La histeria colectiva es peligrosa, resulta sangrienta la mayor parte de las veces, y no digamos si esa historia, en vez de local, se convierte en nacional o mundial.

—¿Una histeria mundial? Vamos, Joel, tú no has venido a verme para tomar un «bourbon», estás tratando de decirme algo.

—¿Qué supones que te estoy insinuando, Dean?

—Lo ignoro, pero no me agrada jugar a los acertijos.

—¿Cómo pagas esta lujosa suite si no trabajas en parte alguna?

—Esto ya no es un juego de acertijos, Joel, es un disparo directo —contestó riendo para sorber inmediatamente parte de su copa.

—Nadie ha conseguido sonsacarte al respecto.

—¿Vas a sacar a relucir la supuesta sustracción de diamantes venusinos de una expedición al cercano planeta?

—Creo que ése fue el motivo que te hizo abandonar el puesto de astronauta.

—La superioridad se equivocó, se equivoca muchas veces.

—¿Qué importa eso ahora?

—Si tú lo dices…

—Sólo corrieron rumores al respecto. La superioridad procedió a eliminarte de los viajes espaciales, no sé si acertadamente o no. Esos diamantes venusinos no han aparecido por ninguna parte. Se puede suponer que no han existido o que han sido cortados y vendidos posteriormente. Es sabido que los diamantes de Venus, por su pureza y extraña coloración, son los más cotizados del mundo.

—¿Te has convertido en policía o simultaneas la labor de cosmonauta con la de sabueso?

—Dean, tú dejaste de ser un astronauta, pero hay dos cosas que no abandonaste.

—¿A saber?

—El vivir bien. Sólo hay que mirar en derredor.

—¿Y la segunda?

—La ambición de ser popular, mimado y tener mando sobre algo o alguien.

—Es sabido que soy algo antipático con la Prensa.

—Yo diría que no estás en situación de ser simpático con los

muchachos de la Prensa. Ellos preguntarían muchas cosas indiscretas y tú no sabrías cómo responderlas.

—Creo, Joel, que ya te has pasado de la raya. Ahora, termina tu «bourbon».

Ante el evidente mal humor de Winner, Joel Wattman sonrió y replicó:

—Ahora empieza verdaderamente la charla, Dean.

—¿Te estás haciendo el gracioso? Te advierto que no voy a aguantar más impertinencias. No tengo que rendir cuentas a nadie de lo que haga o diga.

—Eso está por ver.

—¿Me estás amenazando?

—¿Sabes que has salido mencionado en el último artículo del prestigioso periodista Howard?

—Sí, me he enterado de su muerte esta mañana. Ayer estuvimos conversando durante el pase de las misses. Por lo visto, Howard no estaba demasiado interesado en las chicas en sí, sino en esa nube de personalidades que siempre acuden a las fiestas mundanas, fiestas que a él le proporcionan un vivero de noticias.

—No te caía bien Howard, ¿verdad?

—¿Insistes en las preguntas? Creo haberte dicho que esta charla entre ex compañeros ha terminado.

—Dean, ¿qué responderías si te dijera que sospecho que tú eres el asesino de Howard?

Esta vez, a Winner le costó mucho más disimular su sorpresa. Sin embargo, sonrió inmediatamente.

—¿Sabes que sorprendes a cualquiera con tus ideas?

—Yo diría que voy directo al grano, Dean.

—No insinuarás en serio que yo maté a Howard, ¿verdad?

—¿Por qué no, si lo creo así?

—¿Lo cree también la policía? —inquirió sardónico.

—La policía aún no sospecha de ti, pero yo sí.

—Vaya con el sabueso cosmonauta. ¿Puede saberse por qué sospechas de mí?

Joel sorbió un poco de whisky. Se levantó de su asiento y se dirigió al gran ventanal. Ante su presencia, se corrieron los cristales y asomó a la terraza desde la cual se dominaba Tampa City.

—Uno de los vigilantes de la terraza de este hotel tuvo la

impresión de que un hombre con cabello albino penetró en el aerocóptero-car de las misses.

—Diablos, Joel, creo que no me acusas sólo de la muerte de Howard, sino también de la desaparición de esas ciento y pico de chicas en la catástrofe aérea.

—Es que yo opino que un suceso es consecuencia del otro.

—¿Será posible que interplanetarios te hayan perjudicado el cerebro? —se burló.

—Dean, deja ese juego de palabras. Quien se llevó el aerocóptero-car con las chicas dentro era un albino y un hombre capaz de conducir nave por complicada que ésta sea porque ha sido preparado para ello.

—¿Un cosmonauta?

—Exacto.

—¿Y qué más? —preguntó ya con los ojos brillantes.

—El albino llevó las misses al islote. Allí fueron raptadas todas ellas e introducidas en una nave espacial. Luego, el aerocóptero-car fue destruido para no dejar rastro y el platíbolo despegó del islote dirigiéndose a Tampa. No convenía que dicha nave fuera vista por los ciudadanos y buscó un lugar del desierto en la carretera interestatal a pocos minutos de ella. Aterrizó y se apeó al albino, volviendo a despegar la nave con rumbo desconocido mientras el albino asesinaba al periodista Howard.

—¿Y por qué había de asesinarlo?

—Supongo que la casualidad enfrentó al albino y al periodista y éste podía reconocerle. El albino se puso nervioso y lo mató. ¿Qué te parece mi relato, coincide?

Winner no respondió. Se acercó al pequeño bar y se acomodó en el alto taburete. Bebió un largo trago de «bourbon» y miró a Joel a través del cristal rojo.

—Te creía listo, Joel, pero creo que eres demasiado listo. ¿Qué te propones?

—Tengo credenciales de M.S.P.W.

—Entiendo, misión especial de policía mundial. ¿El asunto de las chicas?

—No, Dean.

—Entonces...

—El asunto es esa nave espacial de que te he hablado.

¿Comprendes? —Antes de que Winner respondiera, agregó—: Yo sé que en este peligroso suceso tú estás metido hasta el cuello.

—¿Has venido con alguna orden de arresto?

—¿Tú qué crees?

—Que no. Has venido a tantear el terreno y sacar lo que puedas, pero te has excedido. Ser demasiado listo acarrea muchas desgracias.

Por dos de las puertas que había en el lujoso living de la suite aparecieron tres hombres altos, fornidos y bien pertrechados de armas con las que encañonaron a Wattman.

—¿Pones ya las cartas boca arriba, Dean?

—No me has dejado opción a otra cosa. Sabes demasiado.

Joel S. Wattman dio un salto súbito y su puño se estrelló contra la mandíbula de uno de aquellos *guardacorps* con que Dean Winner se protegía.

El hombre rodó por tierra. Winner contempló la escena quieto esperando que los hombres a quienes pagaba hicieran el trabajo por él.

La situación se complicó para el trío que empezó a saber, de primera mano, la dureza de los puños del cosmonauta que les hicieron rodar por tierra.

De entre unos libros, Winner sacó una extraña arma con la que apuntó a Joel mientras éste peleaba, en el instante en que hacía besar la alfombra a uno de aquellos expertos en la lucha.

De pronto, Joel Wattman se vio envuelto en una amplia malla de finísimos, pero resistentes hilos sintéticos que había brotado enroscada del cañón del arma de Winner. Se desplegó envolviéndole totalmente con sus quince yardas cuadradas.

Wattman trató de librarse de aquella red que impedía sus movimientos, mas inmediatamente, los guardaespaldas tiraron de los cabos y la malla oprimió su cuerpo haciéndole perder el equilibrio.

—Capturado como una fiera hace medio siglo, amigo Joel.

Wattman consiguió ponerse en pie pese a los esfuerzos de los tres hombres por empaquetarlo y lanzó un puñetazo a Winner que lo sentó en la butaca más cercana, haciéndole comprender de repente que tenía un estómago muy sensible.

Uno de los hombres golpeó con su arma la nuca de Joel y éste

se desplomó, siendo envuelto en la malla que le incapacitó para cualquier movimiento que tratara de hacer.

—¿Le hacemos un emparedado de concreto, señor Winner? —preguntó unos de los individuos.

—Es lo que más me gustaría, pero no quiero hacerle nada aún, puede sernos útil. Primero tengo que ver a alguien, luego decidiré.

—Y mientras, ¿qué hacemos con él?

—Métanlo en el frigorífico, es lo suficientemente grande. Pónganlo a cero grados y déjenlo hasta que yo diga algo. No poderse mover y el frío que va a calarle hasta los huesos, será una buena tortura para empezar. Así se dará cuenta de lo estúpido que es entrometerse y querer pasarse de listo.

Mientras Joel encajaba una patada de uno de aquellos tipos sin escrúpulos, dos de ellos tiraron de los cabos de la malla y fue arrastrado por el suelo. Lo condujeron a la estancia contigua donde había un frigorífico de tamaño considerable para uso particular de la suite y lo metieron en él cerrando la puerta.

Joel Wattman abrió los ojos al apagarse la luz del frigorífico.

No había perdido el conocimiento, quizá le había ayudado la fortísima inyección administrada por el doctor Carpenther. Suspiró y se dijo:

«Que la espera no sea muy larga, no quisiera quedarme congelado como un pollo aquí dentro.»

Cerró los ojos y se dispuso a aguardar resignadamente.

CAPITULO VI

El almirante Carson se reunió en su despacho con el doctor Carpenther, el biólogo Lefetau y la inteligente criptógrafa Tania Ivanova.

Los tres personajes le miraron interrogantes por la premura demostrada por el almirante para aquella reunión, una vez los dos hombres y la hermosa mujer habían ya descansado.

—¿Ocurre algo malo, almirante? —preguntó la rusa.

El viejo suspiró y dijo:

—Joel Wattman y Ramírez se han estado moviendo con rapidez. La verdad es que ambos son hombres muy efectivos e inteligentes.

Tania casi bebió las palabras del almirante, algo la había transformado. Siempre se había sentido segura de á, bastándose a sí misma, pero desde hacía unas horas estaba vacilante. El sueño no la había reposado sino excitado, pues todo él había estado lleno de la imagen y la voz del mayor Joel Wattman que tanto la había impresionado.

—¿Han averiguado algo interesante sobre esos seres?

—A los laboratorios de investigación de Nueva York, han sido llevadas personalmente por el mayor Ramírez tres muestras de tierra que han sido analizadas rápidamente.

—¿Había algo en común entre esas tres muestras? —preguntó el biólogo.

—¿Tierra de otro planeta? —inquirió la rusa.

—No. Una muestra pertenecía al islote donde fue siniestrado el aerocóptero-car que transportaba a las mujeres más bellas de la Tierra, mejorando lo presente.

—Gracias, almirante, pero no gaste cumplidos. Prefiero que me vean como una científica, no como mujer.

—Sin embargo, es difícil olvidar que es usted mujer, señorita Ivanova. Es demasiado hermosa y los oficiales de a bordo ya se han fijado en ello.

La joven desvió sus pupilas que se hallaban como atrincheradas tras las enormes gafas de escasa graduación.

—Y las otras dos muestras, ¿de dónde proceden? —preguntó el biólogo.

—¿Acaso una de ellas pertenece al lugar donde tomó tierra esa extraña nave interplanetaria?

—En efecto, doctor Carpenther, esa muestra ha sido tomada del Canadá. Sus compañeros no han perdido el tiempo. Han cruzado el continente de parte a parte llevando las muestras a Nueva York, desde donde han transmitido por radio los resultados con la celeridad exigida.

Tania Ivanova preguntó:

—¿Y la tercera muestra?

—Fue tomada cerca de la carretera de Tampa, en el lugar donde se halló asesinado al prestigioso periodista Howard.

—Pero supongo que el espectrograma de las tres muestras no será el mismo, siendo de lugares tan distintos.

—Eso no, doctor Lefetau, lo que á tienen en común las tres muestras es que las materias que las componen han sido deshidratadas por una temperatura homogénea de mil ochocientos grados Celsius exactamente la misma temperatura en los tres lugares donde el mayor Wattman supone ha tomado tierra el platíbolo. Incluso, por la forma dejada en el suelo, se puede conocer su tamaño. Un dato más ha llegado a nuestro poder, lo malo es que…

—¿Las misses?

Tras la pregunta de Tania, el almirante repuso:

—Forzosamente hay que deducir que esas bellezas han sido raptadas por los extraterrestres. ¿Con qué motivo? Lo desconocemos, pero es posible que traten de realizar un canje por nuestros prisioneros, un canje que podría decidirse en cualquier instante. Por ello, hay que ganar tiempo al tiempo. Si hemos de soltar a esos tres seres para que las misses sean liberadas, debemos conocer antes el máximo de datos sobre ellos, para que cuando queden en libertad sepamos a qué atenernos. Es imprescindible que ustedes hagan un esfuerzo y los estudien más de cerca. Usted, señorita Ivanova, trate de comunicarse con ellos averiguando cuáles son sus verdaderas intenciones, sus deseos, sus planes, hay que conocerlo todo. Por de pronto, creo que ellos desean guardar el secreto lo mismo que nosotros. Si nosotros tratamos de evitar una histeria mundial, ellos tendrán otros motivos que ahora desconocemos. Quizá teman que nuestro armamento sea superior al suyo y tratemos de destruirlos. Precavidos sí son.

—Bien, almirante, intentaré averiguar qué ha pasado con las misses y si han sido sus compañeros los causantes del secuestro múltiple. Si es cierto que se comunican telepáticamente entre ellos, ya estarán enterados de lo sucedido.

El biólogo francés bostezó ligeramente y expuso:

—Me he levantado hace un buen rato y he estado estudiando el cerebro del alienígena que murió y que el doctor Carpenther conserva tan cuidadosamente en formol.

—¿Tiene importancia eso ahora, doctor Lefetau?

—Sí, almirante.

—Pues, adelante.

—Su cerebro, proporcionalmente, es el duplo del nuestro, tal

como expuso el doctor Carpenther. Yo, que conozco bien las partes del cerebro, puedo decir que en algunos aspectos son mucho más poderosos que nosotros, pero en otros no.

—Aclare, doctor.

Con su inconfundible acento galo, Lefetau prosiguió:

—Los centros motores son más o menos parecidos a los nuestros, pero las partes que corresponden a la inteligencia científica son el cuádruplo de las nuestras. Es decir, pueden ser mejores ingenieros, matemáticos, químicos o físicos que nosotros. Uno de esos seres tiene cuatro veces más posibilidades que nosotros para llegar a ser un genio. Incluso en música, razonada o matemática, no habría genio terrícola que le igualara, lo mismo que en el arte de la pintura figurativa, el retrato, etcétera. Ignoro cómo responderán sus miembros a sus impulsos cerebrales, pero si ellos pintaran, harían con los pinceles lo mismo que nosotros con la mejor cámara fotográfica. Sin embargo...

—¿Qué?

Tras la pregunta del almirante Carson, todos centraron sus pupilas en el sabio francés.

—Carecen se sensibilidad. Posiblemente, en estos instantes, su civilización esté pareja a la nuestra. Es posible que en unas cosas nos superen y en otras les aventajemos, pero estoy seguro de que su evolución física es cuatro veces más joven que la nuestra.

—¿Quiere decir que su aparición en el planeta del que proceden es cuatro veces más reciente que la nuestra en la Tierra? —inquirió el doctor Carpenther.

—Exacto. Son seres más jóvenes que nosotros. Han desarrollado mucho su cerebro, pero no su cuerpo. Lo que aquí en Ia Tierra llamaríamos un monstruo deforme, falto de proporción, como poseer tres brazos y sólo dos piernas.

—¿Trata de decirme que no existe paralelismo de evolución entre su cerebro y su cuerpo? —preguntó el almirante.

—Algo así. Por desgracia, en la Tierra también tenemos seres anormales, subnormales psíquicos, en especial los llamados mongólicos. No existe proporción entre su cerebro y su cuerpo pese a que éste es reflejo de las taras cerebrales que padecen.

Tania puntualizó:

—Pero en estos seres ocurre lo contrario. El cerebro es superior

al cuerpo, por ello han podido construir naves interplanetarias y aparatos que nuestra civilización, siendo más vieja, no ha conseguido todavía, aparatos como por ejemplo el de Ia mutación, metamorfosis o mimetismo que ellos logran para transformar su apariencia de cefalópodos en seres humanos similares a nosotros.

—Es verdad, señorita Ivanova, pero cuando he dicho que esos seres eran superiores a nosotros en muchas cosas, he puesto un pero. He comenzado por advertir que no tienen sensibilidad, y yo diría que su sistema se basa en un raciocinio fisiológico. Casi carecen de esa parte de nuestro cerebro que se ubica tras nuestra frente, la más noble del ser, y que es capaz de discernir entre el bien y el mal, que piensa, que cree en Ia existencia de un Dios sobre nosotros, que respeta al prójimo, que es capaz de la piedad, del amor, lo que antiguamente se llamaba corazón. La tienen tan rudimentaria que no es mayor que la que pueda poseer un gato o un perro.

Todos quedaron sorprendidos por aquellas declaraciones del eminente biólogo. Carson preguntó:

—¿Quiere decir que carecen de piedad lo mismo que de miedo, que no saben perdonar, comprender ni amar?

—Exacto. Ellos sólo saben actuar bajo las órdenes dadas por su cerebro matemático. Comparativamente diría que son como computadoras vivientes, máquinas con sangre que carecen de alma. Para ellos, no existe el odio ni la venganza. Matan como simple ley de supervivencia, es un acto que carece de importancia, pues no es posible que tengan religión, filosofía ni nada que se preocupe de los problemas que aquí en la Tierra llamamos de la mente. Para que dejen de matar habrá que eliminarlos antes a ellos o por lo menos reducirlos a la impotencia.

Tania Ivanova objetó:

—Pero, doctor, poseyendo un cerebro tan grande proporcionalmente, no pueden compararse a animales que tienen escaso cerebro.

—Es cierto, señorita, no pueden ser iguales, pero usted imagínese a un perro o a un gato capaz de resolver ecuaciones algebraicas, problemas de alta ingeniería o calcular un complicado bombardeo de electrones para mutar la composición atómica de un elemento puro. Eso, señorita, sería uno de esos alienígenas que se

hallan prisioneros en el Victory.

—Me cuesta comprenderlo y creerlo, doctor.

El almirante resumió:

—En breves palabras, doctor, según usted esos seres no son ni más ni menos que animales con poderosa inteligencia para la ciencia.

- —Correcto, almirante. Si no me creen, como ocurre con la señorita Ivanova, será mejor que vayamos a tratar de comunicarnos con ellos.

—No quiero poner objeciones a sus palabras, doctor Lefetau, pero es difícil asimilarlo.

—Lo imagino, señorita, y no crea que me molesta su objeción. Es lógica porque, hasta ahora, en la Tierra no nos hemos topado con nada parecido. Los animales que nos rodean son totalmente inferiores a nosotros, sin embargo, existen grandes diferencias entre ellos. Por ejemplo, la distribución social es un hormiguero comparada con un solitario mamífero incapaz de construir algo por sí mismo o termes que realizan verdaderas obras de ingeniería. Basándonos en la teoría de la evolución, si esas termes proceden al igual que nosotros de una primera célula viva que se formó, es lógico pensar que esos diminutos insectos roedores de madera no nacieron sabiendo ingeniería, sino que evolucionaron como cerebro para poder construir sus nidales, sus grandes reinos en los que están protegidos y nada les falta. Son verdaderos ingenieros, al igual que las abejas u otros insectos, y no hay nadie que pueda asegurar que una termita, una abeja o una hormiga sea capaz de discernir entre el bien y el mal. Sin embargo, son capaces de hacer las galerías subterráneas de una determinada longitud y anchura, con desagües, almacenes, etcétera. ¿Por qué las colmenas son tan regulares geométricamente hablando? ¿Por qué las patas de las abejas tienen forma de cesta para recoger el polen de las flores? Vulgarmente se dice que todo es obra de la naturaleza, pero nosotros, los científicos, sabemos que eso sólo son necesidades vitales, que el cerebro ordena y que la vida, generación a generación, condiciona. Quizá para mutar unas extremidades sean precisos un millón de años, pero si es una necesidad vital, se consigue.

—Bien, doctor Lefetau —cortó el almirante—, no entremos en

más disquisiciones biológicas. Todos hemos comprendido perfectamente lo que usted ha tratado de decir. Lo que importa ahora es que sonsaquen a esos seres, empleando el término policial, ya que de una investigación se trata, y siempre que sea factible llegar a una comunicación racional con ellos.

—Si son seres capaces de viajar interplanetariamente, también lo serán de un diálogo racional —sentenció Tania Ivanova.

El almirante Carson les abandonó y los dos científicos y la mujer se dirigieron a la sala donde se hallaban los extraños cefalópodos del espacio.

La sala de los prisioneros era totalmente de acero, incluido techo y suelo.

Había una triple vigilancia en los corredores adyacentes, impidiendo que nadie se acercara y por tanto la noticia transcendiera, propagando el pánico a bordo.

Sin embargo, entre la tripulación ya se rumoreaban las teorías más fantásticas pese al estricto secreto. Era como si Ia masa componente de la tripulación del submarino poseyera una gran sensibilidad y captara algo extraño, fuera de lo usual.

También varios entre ellos comenzaban a hablar del final del mundo en la Noche Vieja del año dos mil y ello hacía que la tensión aumentara entre los marinos que, por ser hombres de mar, eran susceptibles de creer en leyendas, predicciones e historias fantásticas.

La última guardia frente a la puerta de los prisioneros estaba compuesta no por dos soldados-marinos como en otras partes, sino por sendos tenientes uniformados, jóvenes y recios, informados ya de lo que acontecía, mas habían prestado juramento de no revelar nada de cuanto vieran u oyeran.

Frente a la fémina y los dos hombres se corrió una puerta de acero. Tras ella quedó un puerta de cristal que les aislaba de los inteligentes cefalópodos de otro posible sistema solar.

—Podemos hablarles por el intercomunicador. Desde dentro nos pueden oír si les hablamos aquí fuera —dijo el profesor Lefetau que había estado anteriormente en la sala.

—Puede que tengan oídos, pero jamás han debido utilizarlos para escuchar algo inteligente —advirtió Tania Ivanova—. Carecen de voz, por tanto no han hablado nunca. Será mejor que nos

situemos ante ellos y tratemos de establecer comunicación cerebral tal como ellos hacen entre sí.

—Lo siento, señorita Ivanova —advirtió el médico canadiense —, pero yo no creo que posean facultades extra-sensoriales.

—Yo tampoco, doctor, mas ellos pueden ayudarnos. Estoy segura de que si lo desean, con sus poderosos cerebros, pueden hacer llegar a los nuestros lo que piensan.

—Intentémoslo —aceptó el biólogo francés.

Los tres se colocaron frente a la puerta de grueso cristal, mirando fijamente a los extraños seres semejantes a pulpos, con ojos casi de insecto, unos seres que carecían de pulmones, que no respiraban ni hablaban y sin embargo poseían un gran cerebro.

«¿Qué estarán pensando en estos instantes?», se preguntó en voz baja el médico canadiense mientras los tres alienígenas les miraban a su vez, estáticos, pasivos.

—Me parecen francamente horribles, pero muy interesantes.

Tania objetó:

—Esta no es forma de entablar un diálogo; no conseguiremos nada.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el galo.

—Para esas criaturas, nosotros somos los hostiles. Ellos se saben presos, bajo nuestro poder y por tanto no querrán colaborar en un diálogo de paz.

—¿Qué propone entonces? —interrogó Carpenther.

—Más acercamiento.

—Pueden ser peligrosos —advirtió el canadiense.

—Ya lo ha oído, señorita Ivanova. Mataron a varios hombres.

Y los hombres mataron a uno de ellos. La proporción en número no es exacta, pero en daño sí. Es lógico que considerándonos hostiles se niegan a colaborar.

—No pretenderá entrar ahí y darles la mano, ¿verdad? —inquirió el biólogo.

—¿Y por qué no? Quizá sería lo más práctico para entendernos y que nos revelaran sus planes, sus proyectos. ¿Acaso les gustaría que hombres de la Tierra, de exploración en otros planetas, fueran atrapados por aborígenes y los trataran como nosotros hacemos con ellos?

—Opino que esos seres no están solo en misión explorativa.

Hace tiempo que nos han venido observando, décadas quizá y ahora parece que llega el momento en que se han tornado más audaces, más seguros de sus planes.

—¿De invasión? —preguntó Tania escéptica.

—¿Y por qué no? —dijo el biólogo encogiéndose de hombros.

—Me temo que han leído ustedes demasiada literatura de ciencia-ficción. Están inmersos en una monomanía neurótica de ser invadidos. Años atrás, por Rusia, luego por China. Ahora que todo el mundo está en paz, hay »que cargar el muerto a esos seres cuyo peor mal es el de no parecerse anatómicamente a nosotros.

Lefetau sonrió arguyendo

—Es asombroso que todo lo que acabo de oír haya partido de labios de una mujer.

—¿Acaso es usted de los arcaicos que siguen pensando que la mujer es inferior al hombre?

—Dios me guarde, señorita. Para mí, la mujer no es algo inferior al hombre, sino algo más exquisito que el hombre.

—Acabemos de una vez, hay que decidirse. Abran la puerta de cristal. Si no les importa, seré yo la primera en entrar.

Los dos oficiales encargados de la custodia miraron perplejos a la decidida fémina. No sabían si debían abrir la puerta o no.

El doctor Carpenther objetó:

—No les va a quedar otro remedio que abrir, muchachos. El almirante Carson nos ha dado libertad y primacía para todo, y no creo que la señorita Ivanova se vuelva atrás en su decisión.

—Sin embargo —arguyó uno de los oficiales—, debemos consultar con el almirante. Nuestras órdenes son de abrir la puerta de cristal sólo para introducir comida.

A través de un intercomunicador portátil para no pasar por las líneas generales de comunicación del gigantesco submarino, el oficial llamó al almirante.

—¿Qué sucede?

—Señor, los doctores Carpenther y Lefetau y la señorita Ivanova desean entrar en la cámara de los huéspedes del Victory.

—No les pongan obstáculos. Que hagan lo que crean conveniente.

—Comprendido, señor. Cambio y corto.

—Bueno, creo que el almirante Carson ha sido suficientemente

explícito —dijo Tania con una sonrisa orgullosa.

Uno de los jóvenes tenientes introdujo una llave en una pequeña puerta metálica. La abrió y luego puso la yema de su dedo pulgar sobre el cristal. Esperó a que la computadora de seguridad comprobara su huella dactilar e inmediatamente surgió la orden que hizo correr la puerta de cristal, a prueba de proyectiles.

Tania Ivanova entró decidida en la sala carente de muebles e iluminada por lámparas perfectamente protegidas. La atmósfera que allí reinaba era hedionda, una atmósfera que no se renovaba, pues aquellos seres no la precisaban para respirar. Asimilaban el oxígeno a través del estómago, quizá por proceder de un planeta que carecía del oxígeno libre necesario para la vida.

El suelo estaba sucio de comida, aquellos seres sin delicadeza no se habían preocupado de mantenerlo algo limpio. Las heces se hallaban en los rincones y abofetearon el olfato sensible de la fémina, la cual se sobrepuso a todo y siguió avanzando con la mejor de sus sonrisas al tiempo que pensaba:

«Somos amigos de ustedes. Hemos tenido un enfrentamiento desgraciado, pero queremos su amistad. Somos amigos, somos amigos.»

Como recibiendo un duro e hiriente lanzazo, su mente captó:

«Son enemigos, deben morir, la Tierra será nuestra, nuestra...»

Los tres avanzaron rápidamente hacia ella. Pese a su entereza, a su audacia inicial, Tania se asustó.

Las rodillas le temblaron. Dio un traspiés cayendo al suelo al tiempo que con dos de sus extrañas extremidades, levantadas en el aire, se abalanzaban contra ella.

—¡Hay que salvarla, van a matarla! —gritó Lefetau.

Carpenther fue el primero en entrar, seguido por los dos tenientes y el biólogo.

—¡Socorro! —gritó la joven aterrada por el aspecto feroz que ofrecían aquellos seres.

El doctor Carpenther lanzó su duro puño sobre la voluminosa frente de uno de los alienígenas que perdió el sentido de la verticalidad y rodó como una pelota al plegársele las extremidades alrededor del cuerpo.

Tania escapó gateando de la dentellada que iba a proporcionarle uno de los seres del espacio.

Otro de los namenitas fue duramente empujado hacia un rincón por el teniente que se había comunicado con el almirante.

El tercero entró en acción con mayor rapidez que sus hermanos de especie y el doctor Carpenther, que se hallaba de espaldas a él, no pudo escapar a la dentellada que le propinó en el costado.

El canadiense lanzó un alarido al sentir su carne herida por los agudos colmillos, pero mucho más al notar la inoculación ponzoñosa del veneno que los namenitas poseían en una bolsa bajo los colmillos.

El teniente más cercano a él disparó su Láser y el extra-terrestre quedó perforado de parte a parte. Sus mandíbulas se desencajaron, abriendo enormemente la boca. A Tania le horrorizó aquel aspecto y se tapó los oídos como si fuera a escuchar de un instante a otro un grito, un alarido de dolor capaz de helarle Ia sangre. Mas nada brotó de aquella garganta.

—Vamos, fuera con los dos —ordenó el biólogo.

El alienígena y el doctor Carpenther fueron sacados de aquella sala-celda que tornó a cerrarse aislando a los dos extraterrestres.

—Este está muerto —indicó el oficial que disparara su Láser.

El doctor Lefetau, ante la todavía aterrorizada Tania, aclaró:

—Desgraciadamente, Carpenther también ha muerto. El veneno que esos seres llevan en sus colmillos es fulminantemente mortal.

—Dios mío, Dios mío, y todo por mi culpa —sollozó Tania Ivanova.

—Me alegro de que crea en Dios, señorita, va a hacernos falta. Estos seres, tal como ya expuso el doctor Carpenther, son francamente hostiles. No desean paz ni diálogo, sólo quieren matar. Dios quiera que no haya muchos esperando invadir nuestro planeta. —Le pasó el brazo por encima de los hombros y agregó—: No se culpe por Ia muerte del doctor Carpenther. Hubiera pasado lo mismo en otro momento.

—Pero debí morir yo, no él. Fui una estúpida inconsciente empeñándose en entrar ahí.

—No se lamente más, no es usted ni yo quien decide el que debe morir, sino Dios. Tengamos fe en él. El doctor Carpenther ha sido uno de los primeros en dar su vida para defender a la Humanidad de la Tierra. Quizá los próximos seamos nosotros o esas ciento y pico de chicas que han desaparecido.

CAPITULO VII

La puerta del frigorífico se abrió bruscamente. Joel Wattman cayó al suelo.

Estaba aterido. Le dolía todo el cuerpo, especialmente los pies, las manos y las orejas. La temperatura dentro del frigorífico había sido lo suficientemente alta como para que no se congelara, durmiéndose sus miembros y perdiendo la sensación del dolor, pero lo bastante fría como para que le dolieran todos los miembros, notando el interior de los pulmones y las fosas nasales heladas. La humedad se condensaba en sus cejas, formando hielo.

—Es duro pasar frío durante horas, ¿verdad, Wattman?

Trabajosamente, abrió sus doloridos y lagrimeantes ojos.

A través de la malla que lo empaquetaba, vio a Dean Winner. A su alrededor, los tres tipos que habían peleado con él hasta reducirlo a aquella especie de paquete sin forma humana.

—Ignoraba que tu especialidad fuera la tortura y el sadismo, Dean.

—Y no lo es, Joel, créeme, sólo que a veces la tortura es un medio eficaz para lograr lo que uno se propone.

—¿Te pagan esos seres por hacer esto?

Winner no quiso responder y ordenó:

—Inyéctenle.

Uno de los guardaespaldas sacó una aguja hipodérmica y >e acercó a Joel. Este, medio congelado, metido en aquella malla que lo envolvía, no pudo librarse del inyectable. Le fueron puestos dos, uno en cada brazo. Luego, comenzaron a quitarle la red.

—Espero no morir de una pulmonía, Dean.

—¿Tienes apego a la vida? —inquirió burlón.

—No es eso sólo, es que deseo vivir para poder pagarte todo lo que estás haciendo por mí.

—No creo que esa ocasión llegue para ti. Ahora, vamos a marcharnos. Otro te hubiera esposado las manos, pero eso llama la atención dentro de un hotel.

—No llevaré esposas, pero sí las inyecciones que inutilizan los brazos, ¿verdad?

—Sí. Eres muy belicoso y de este modo no se te ocurrirá pegar a nadie. Te advierto que si tratas de correr será lo último que hagas en tu vida. Además, prestarías un mal servicio al MSPW.

—¿De veras? ¿Acaso crees que soy importante?

—Para mí, creo que sí. Te notifico que vas a visitar a esos seres como tú les llamas.

Ya libre de la red, Joel S. Wattman se puso en pie trabajosamente. Sus rodillas se negaban a estirarse y toda la espalda le dolía. La piel de su cuerpo estaba helada y los brazos cayeron exánimes sin poder levantarlos por más que se lo propuso. Al fin, desistió. En aquellos instantes estaba como desmembrado, manco de los dos brazos.

—Bien, Dean, vamos de visita. Tengo deseos de hablar con tus jefes.

—No son mis jefes —replicó ceñudo.

—Bueno, los que pagan tu traición.

Dean Winner propinó una fuerte bofetada al rostro- de Joel cuando éste no podía responder a la afrenta.

Sus brazos estaba inutilizados, sin embargo, sus pies sí le servían y Winner estaba a la distancia precisa para recibir un dolorísimo punterazo en el bajo vientre.

Mas, Joel recordó inmediatamente su plan. Había provocado su captura para ser conducido a presencia de los extra-terrestres y de este modo averiguar su posición. ¿Qué importaba si Dean Winner le caía mal, si aquel británico le repugnaba? Evitó castigarle con el punterazo, era mejor seguir la corriente, no estropear el plan ahora que estaba a punto de descubrir el escondite de los seres del espacio. Docenas de mujeres, las más bellas de la Tierra, estarían sufriendo el cautiverio, horrorizadas ante la suerte que podían correr si no eran salvadas a tiempo.

—En otro momento te responderé a lo que acabas de hacer, Dean.

—Sí, en otro momento. Ahora vámonos y no cometas tonterías, porque no sólo arriesgarás tu vida, sino también la de quien esté presente; los testigos deben ser eliminados. Lo comprendes, ¿verdad?

—Sí, lo comprendo.

Joel pensó que lo que más favorecería a aquellos seres sería

fomentar el pánico. Ante la proximidad de la noche de San Silvestre del año 1999, el nerviosismo general aumentaba a causa de la superstición y las predicciones de los agoreros sobre Ia terminación del mundo.

Sin embargo, aquellos seres quizá no conocían la posibilidad de una batalla psicológica o quizá sí, si su mente era tan poderosa que podía captar el pensamiento de los terrestres, descubriendo sus angustias y terrores.

Posiblemente aguardaban para utilizar el arma de la histeria hasta el mismo día 31 de diciembre, en que se darían a conocer con su horripilante aspecto, anatomía que ahora disimulaban, y ya nadie podría detener el terror.

Escoltado por el propio Dean Winner y sus tres secuaces, abandonó la suite y tomó el elevador que les condujo al aeropuerto de la azotea.

El aerocóptero de Winner era de cuatro plazas, último modelo y muy lujoso. Sus cortas alas fulguraban bajo los rayos del sol y por sus terminales comenzaron a escapar los gases de la reacción del combustible, prolongándose las aspas en gases y formando un poderoso remolino. A Joel Wattman lo acomodaron junto al asiento de Winner, que era quien conducía.

Empezaba a quedar Tampa atrás, cuando Dean, sin volverse hacia su antiguo compañero dijo:

—Creo que ya has visto demasiado. Tendremos que taparte los ojos.

—¿Es necesario?

—¿Qué importa que lo sea? Lo cierto es que ellos prefieren que no descubramos su escondite.

Uno de los dos guardaespaldas, sentado atrás, pasó las manos por delante y Joel, que comenzaba a recobrar el aliento perdido dentro del frigorífico y que no comprendía cómo no estaba ya bajo los efectos de una pulmonía, notó que colocaban unos apósitos negros sobre sus ojos que sujetaron con tela adhesiva.

Prosiguió el viaje.

En su situación, Joel no pudo captar la dirección que tomaban, lo que sí notó es que el aparato descendía. Al fin, tomó tierra.

Se abrieron las portezuelas, se escucharon unos ruidos y luego volvieron a cerrarse, elevándose nuevamente. Joel no se había

movido de su butaca.

—¿No quieres que tus subordinados tengan contacto con los alienígenas o son ellos quienes no desean ver a nadie salvo a ti?

—Eres listo, Joel, te has dado cuenta de que ahora estamos solos tú y yo en la nave. Ellos son muy precavidos y no desean correr riesgos. Ya les ha costado una generación llegar a la Tierra.

—¿Y proceden?

—De Namen.

—¿Namen? No he oído mencionar nunca a ese planeta.

—Es lógico, hay en el espacio tantos astros que desconocemos, miríadas de ellos, tantos como granos de arena en todas las playas de la península de Florida.

—No es preciso que me des una clase de astronomía.

—¿No quieres saber de dónde proceden?

—Sí, pero su lugar exacto. El nombre de Namen no me dice nada.

—Ese nombre forma parte de su nomenclatura, es un planeta todavía no descubierto por nosotros y por tanto sólo posee su nombre de origen.

—¿Cómo te han dicho el nombre? Esos sujetos no hablan.

—Telepáticamente. Sólo podemos comunicarnos con ellos mediante la telepatía, mucho más expresiva que nuestro diálogo oral. Es asombroso lo adelantados que están en ese aspecto.

—Es lógico, no han tenido jamás otro medio de comunicarse, ya que carecen de cuerdas vocales.

Joel oprimió la punta de su pie, dando el máximo de fuerza a sus dedos anular e índice. Luego, los dejó quietos, en la confianza de que el emisor que le habían proporcionado funcionaría adecuadamente.

El mayor Ramírez, a bordo del Lindbergh-1.001, captaría la señal conocida de antemano y a través del radiogoniómetro comenzaría la búsqueda del emisor, que era lo mismo que decir de su compañero Wattman. Aunque éste fuera a bordo de un aerocóptero y el Lindbergh-1.001 se hallara a dos mil millas de distancia, lo iría siguiendo sin posibilidad de escape.

El vuelo del aerocóptero se hizo eterno para Joel, lo mismo pudo durar una hora como dos. Al principio había intentado llevar la cuenta del tiempo, pero ya la había perdido al no poder mirar en

derredor por llevar los ojos tapados.

El aerocóptero comenzó a descender y Joel supuso que estaban llegando. Al fin, se detuvo y Winner ordenó más que pidió:

—Abajo.

—¿Ya hemos llegado a su madriguera?

—Sí y pórtate bien. Esos namenitas tienen malas pulgas. Son tipos débiles y se les puede golpear con facilidad, pero también son violentos. Son como perros de lana, aguantan poco. Se les puede mandar al infierno con un simple puntapié, pero no por ello dejan de ladrar y mostrar sus colmillos y si son varios los que ladran, pueden morder y hacer daño.

—Todas las jaurías son peligrosas, Dean.

Wattman salió del aerocóptero. Anduvo sobre un suelo de tierra y obligado a subir por una rampa. Poco después, una puerta se cerraba tras él. En aquel momento comenzó a notar que sus brazos despertaban de la narcotización de que fueron objeto.

Los ojos le fueron destapados por el propio Winner y cuando levantó los párpados no quedó cegado, pues la luz que le rodeaba era suave y de color violeta.

Ante él vio a unos hombres de baja estatura, semejantes a los pigmeos africanos ya casi extinguidos. La piel de los namenitas era semejante a la suya, mas Joel sabía muy bien que aquélla no era su apariencia real, sino la transformación a la que voluntariamente se sometían gracias a su avanzada ciencia, que les permitían aquella metamorfosis aunque ésta sólo durara un número reducido de días terrestres.

Joel comprendió que no iba a hacer falta que hablara. Aquellos seres ya estaban dialogando telepáticamente con Winner y Joel captaba aquella charla cerebral, pero sólo la parte de los namenitas. Den Winner, al igual que el propio Joel y como terrestres que eran, todavía no eran capaces de intercomunicarse telepáticamente y la potencia cerebral en dicho aspecto era tan baja que sólo cerebros superiores como los de los namenitas podían captar el diálogo telepático de los humanos.

—¿Tú has visto a nuestros hermanos?

Joel encajó la pregunta formulada a él directamente.

—Sí —respondió su pensamiento—. Nosotros queremos paz, diálogo. Creo que en un principio hemos tenido un mal tropiezo.

Vuestros hombres han matado a terrestres y los terrestres han matado a uno de los vuestros.

—¿Dónde están ahora?

—Lo ignoro. Se hallan dentro de una nave y ésta cambia de posición, supongo que ustedes hacen lo mismo. Ahora pregunto yo, ¿dónde están las mujeres raptadas?

—¿Quieres verlas?

—Sí.

—Síguenos.

Joel, ya con los brazos libres de la narcotización local, les siguió por un corredor de la larga nave. Llegaron a una sala rectangular en cuyos dos lados se abrían docenas de cajones similares a los utilizados en Ia Morgue.

—¿Las hembras terrestres están aquí dentro?

En voz alta, Dean Winner dijo:

—No te preocupes por ellas, Joel, están vivas. Las tienen ahí dentro, como en estado de hibernación, una técnica ya depurada para ellos y que nosotros aún no podemos llevar a la práctica sin riesgo de matar.

Automáticamente, sin que nadie los accionara, se abrieron varios de los cajones. Joel Wattman pudo ver con sus propios ojos el contenido de los mismos.

Las mujeres elegidas como las más bellas de cada nación, se hallaban yertas, con los ojos cerrados y la piel pálida. Su respiración era lentísima, condicionada por la ciencia de los alienígenas.

—¿No corren ningún riesgo de muerte? —preguntó Joe!.

—No —fue la respuesta tajante del namenita que parecía jefe de los otros, aunque a Joel se le antojaban todos iguales.

En su mimetismo, habían utilizado un único molde y salvo pequeñas diferencias de peso, aquellos seres que tenía ante él eran todos iguales. Eran como una docena de hermanos gemelos o hallarse en una sala llena de espejos que reprodujeran la imagen central de aquel ser pequeño y autoritario.

—La forma de vivir de ustedes, biológicamente, es muy distinta a la nuestra. Pueden cometer un error y morir estas mujeres que nuestro mundo no está dispuesto a perder.

—Tampoco estamos dispuestos nosotros a que mueran nuestros

hermanos, prisioneros en manos terrestres. Estamos en idénticas circunstancias.

—¿Quieren un canje?

—Sí.

—De acuerdo, la libertad de todas las mujeres por la de sus hermanos.

—Condúcenos a la nave donde están nuestros hermanos.

—No puedo hacer tal cosa sin órdenes de la superioridad. Debo consultar el caso con mis superiores y entonces se decidirá el momento adecuado del canje, de lo que no cabe duda es que habrá canje. Nosotros no queremos tener hermanos suyos prisioneros ni por supuesto que mujeres de nuestra especie estén metidas en esos cajones. —Podía haber añadido con la escasísima ropa que llevaban, pues todo su atuendo consistía en el microbikini utilizado para desfilar por la pasarela del hotel Lanvan, ya que las capas debían haber sido almacenadas en otra parte.

—Acepta lo que te propongan, Joel. Son más fuertes de lo que parecen —advirtió en voz alta Dean Winner, que se desenvolvía con normalidad por haber estado varias veces dentro de aquella gran nave interplanetaria.

—Sólo deseamos paz y diálogo —expuso Joel.

—Los namenitas no dialogan, Joel, ni siquiera piden; exigen. Sus hermanos por las chicas o podemos darlas a todas por muertas.

De pronto, sonó una especie de chicharra y se encendieron en intermitente unas luces cinabrio. Joel tuvo la impresión de que aquello era una especie de llamada general o de alarma.

Los namenitas, que si bien no hablaban sí poseían buen oído, dirigieron sus ojos hacia la pared del fondo del corredor que se iluminó.

Joel Wattman quedó sorprendido al ver en aquella pantalla al Lindbergh-1.001. No podía ver el rostro de sus pilotos, pero sabía bien que uno de ellos era el mexicano Ramírez y el otro un piloto de la base aérea de Tampa.

La señal lanzada por el emisor que tenía en su pie había surtido efecto y Ramírez se había colocado en el cielo a la distancia adecuada para comenzar a enviar imágenes televisivas del platíbolo y del reducto donde se escondía al submarino Victory.

—Parece que nos han localizado. Eso es obra tuya, Joel.

—¡Destruirlo!

La orden seca, en su onda telepática, atravesó como un latigazo el cerebro de Wattman, que comprendió inmediatamente la tragedia que se avecinaba.

—¡No! —gritó angustiado, deseando detener aquella orden de ejecución. Mas, ya era demasiado tarde.

En la pantalla apareció un brillante rayo de luz que dio de lleno en el fuselaje del Lindbergh-1.001. Este se convirtió en una enorme bola de fuego y en décimas de segundo se desintegró en el aire.

La súbita y violenta muerte de Ramírez sublevó la sangre de Joel Wattman. Pese a lo delicado de su situación, masculló:

—¡Malditos!

Disparó su puño y aquel namenita que semejaba mandar a los otros, pudo apreciar por primera vez la contundencia de un puño terrestre, el puño de Joel Wattman.

Los cincuenta kilos escasos que pesaría, hicieron que el extraterrestre rodara como una pelota, yendo a dar contra la jamba de la puerta, donde quedó tendido boca arriba.

—Te has buscado la muerte —arguyó Dean Winner, un tanto asustado por si él también salía perjudicado en el violento incidente.

Joel se vio encañonado por varias armas cortas de Láser. Esperó que de un instante a otro se jalaran los gatillos y él quedara atravesado de parte a parte por los finos rayos de luz que le causarían la muerte.

Se culpaba del trágico fin de su amigo Ramírez y no le importaba morir en aquellos instantes. Si el fatal desenlace ocurría, sólo lo lamentaría por las muchachas allí encajonadas y por una orgullosa e inteligente rusa que había quedado a bordo del Victory, con sus sentencias suficientes.

No supo por qué, pero en aquellos instantes recordó -a Tania Ivanova. El rostro perfilado por el cabello rubio se dibujó nítido en su mente. ¿Podía ser que se hubiera enamorado de ella sin proponérselo, pese a haberla visto sólo durante unas horas de común trabajo de investigación? No había tiempo para responderse. Esperaba la muerte de un instante a otro. Era como si el tiempo se hubiera detenido y en aquellas fracciones de segundo desfilara una serie de imágenes por su cerebro.

—No lo maten —ordenó la onda telepática que halló eco en todos los cerebros.

Todos volvieron su mirada hacia el caído. Ese comenzaba a levantarse lentamente. Tenía el rostro enrojecido, pero era difícil adivinar en él sentimientos de odio o rencor. Era como una careta plástica o quizá una simple estatua, sin más expresión que la que plasmara originalmente el artista que la esculpió.

—¿Me perdonan la vida? —preguntó Joel.

—Debes servir para el canje. Si tú mueres, nosotros perderemos a nuestros hermanos, pero vosotros perderéis a todas las hembras que tenemos secuestradas.

—No era necesaria la muerte de los dos pilotos.

—Eran nuestros enemigos. Nos observaban, nos hemos defendido.

—Veo que no están capacitados para un diálogo. Sólo entienden la ley de las armas.

—¿Acaso hay otra entre los terrestres?

Wattman suspiró.

—Sí. Nos ha costado milenios comprenderlo así, pero existen otras formas para llegar a un acuerdo sin necesidad de recurrir a las armas.

Dean Winner captaba lo que los namenitas decían, pero no las respuestas de Joel, con el cual debía comunicarse verbalmente.

Temiendo que estuviera diciendo algo inconveniente que provocara a los namenitas, apremió:

—Ya he visto a las chicas. Ahora será mejor que nos vayamos para concretar los detalles del canje. Yo actuaré de intermediario. Les diré lo que se acuerde y se ultimarán los detalles sobre la marcha, pero no hay que perder tiempo.

—Sí. Nuestros hermanos están aguardando nuestra llamada en Galena, pero si no hay respuesta por nuestra parte, se alejarán del sistema. Es imprescindible que el canje se efectúe cuanto antes.

—Vamos, Joel y no cometas ninguna estupidez más. Creo que has salvado la vida de milagro.

Joel S. Wattman anduvo hacia la salida de la nave. Le preocupaba lo que había dicho el namenita sobre los que aguardaban en Galena, pero no era aquél el momento de interrogar. Tampoco era ya necesario que le cubrieran los ojos con

cinta adhesiva. La posición del platíbolo había sido descubierta y los extraterrestres, en prevención de cualquier ataque, trampa o cerco, despegarían en breves segundos de aquel lugar para escoger otro más idóneo para su camuflaje.

CAPITULO VIII

El aerocóptero particular de Dean Winner había repostado carburante en el aeropuerto de Wilmington, para luego proseguir viaje y adentrarse en el océano Atlántico en dirección nordeste en busca del submarino nuclear Victory, que posiblemente se había desplazado de su punto original, siempre buscando nuevas posiciones.

—¿Has visto de veras cómo son en realidad esos sujetos, Dean?

—¿A qué te refieres? —preguntó Winner. Se había sentado en el lugar del acompañante, ya que Joel conducía ahora el aparato.

—A si has visto en alguna ocasión su verdadera fisonomía, su forma externa o anatómica.

—Claro que la he visto. Son esos hombrecillos pequeños, pero muy inteligentes que terminarán por dominar la Tierra. Los terrestres se convertirán en algo así como sus esclavos y yo seré el rey de los esclavos. Más vale eso que nada, ¿no te parece?

—Te creía más inteligente, Dean. Esos extraterrestres posiblemente no quieran ni esclavos, su proyecto puede ser exterminar a la Humanidad para apoderarse de la Tierra. Tú me dijiste que procedían de Namen.

—Así es, un planeta del sistema solar Alfa Centauro, algo semejante a la Tierra, aunque con menos oxígeno. Su temperatura y gravedad son semejantes a las nuestras y al parecer es lo que ellos necesitan más.

—Su sol es una estrella que se apaga. Les falta calor, su planeta muere.

—Eso es y han fijado sus ojos en la Tierra, el planeta idóneo del sistema solar.

—Y si la Tierra no les fuera propicia, marcharían a la búsqueda de otro planeta donde afincarse.

—Eso es lo que se proponen. Lo que menos me gusta de los

namenitas es que todos son iguales. Sólo hay ligeras diferencias de peso y estatura.

—Dean, esos tipos no son como tú los has visto.

—¿Ah, no? ¿Acaso pretendes saber tú más que yo sobre ellos?

Ante el escepticismo demostrado por Winner, Joel dijo:

—Lo verás con tus propios ojos en el Victory. Los namenitas no son como nosotros. Tienen una ciencia similar a la nuestra, mas no piensan igual.

—Tonterías.

—Con tus ojos te convencerás de lo que estás haciendo y a quiénes estás ayudando. Por cierto, ellos llaman Tierra a nuestro planeta, ¿cómo le llaman al Sol?

Dean le miró extrañado y respondió casi divertido:

—Oeón, no sé lo que quiere decir, pero da Io mismo.

—¿Y a la Luna?

—Galena.

Joel acababa de averiguar lo que pretendía.

—En cierto modo, ese platíbolo que he visto 9Ólo es una nave exploratoria de la Tierra, ¿no?

—Sí, pero va perfectamente equipada para combatir si es preciso.

—¿Y según los resultados que ellos envíen a los que aguardan, la Tierra será invadida o no?

—Exacto.

—Entonces, todavía existe una posibilidad de salvación para la Humanidad.

—No Io creo. Salvo el agua, el planeta Tierra les va muy bien por las exploraciones que han realizado hasta ahora.

—¿Qué les sucede con el agua?

—No lo han dicho, sólo sé que no quieren saber nada de ella. Quizá sólo se trate de la salada.

—No se me había ocurrido ofrecerles un trago de agua. ¿Sabes que, aparte de que no hablan, no respiran?

—Algo de eso había notado, pero ¿qué importan esos pequeños detalles? Ellos tienen más poder que nosotros e invadirán la Tierra en cuanto se lo propongan. A la Humanidad no le quedará más remedio que claudicar o sucumbir totalmente.

—De todos modos, si han captado el pensamiento de los

terrestres, la invasión no la realizarán hasta la noche de San Silvestre.

—Es posible. A mí no me comunican tantos planes. En realidad, soy el intermediario entre ellos y los terrestres.

—¿Cuándo los viste por primera vez?

—En Venus.

—No me digas…

—Sí, concretamente en mi último viaje a Venus. Ellos se hallaban explorando también dicho planeta, pero tiene demasiado calor para ellos y tuvieron que desecharlo. Han estado explorando todos los planetas del sistema solar y el último que les queda es la Tierra, que es bastante idóneo para ellos. Cuando les convenga, harán una emigración en masa de Namen y vendrán a la Tierra.

—Eso no va a gustar a la Humanidad, pero dime, ¿cómo fue tu encuentro? —inquirió, mientras el aerocóptero se adentraba más y más en el océano y la costa norteamericana ya se había perdido tras la popa de la nave.

—Salieron a mi encuentro cuando yo observaba unos diamantes. Por lo visto, captaron mi pensamiento.

—¿De codicia?

—¿Qué más da admitirlo ahora? Sí, eran unos diamantes magníficos, podían valer mucho dinero.

—¿Cuál fue el trato que te propusieron?

—Que me callara y colaborara con ellos. A cambio, me traerían los diamantes a la Tierra.

—Entre los namenitas debe existir un gran espíritu de colaboración.

—¿Por qué?

—Por ese empeño tan grande en el canje. La verdad es que nosotros estamos más interesados que nadie en rescatar a las misses, pero ellos se están exponiendo mucho.

—Sí, tienen un gran espíritu de colaboración.

—Quizá sea que uno de los capturados por nosotros es una especie de jefe para ellos.

Dean Winner no respondió y Joel dio por sentado que uno de los prisioneros tenía un cargo importante en la nave interplanetaria.

—¿Está muy lejos el Victory?

—Recorreremos unas quinientas millas y trataremos de comunicarnos con ellos. Por cierto, ¿sólo están las chicas en aquellos cajones de hibernación?

—Sí.

—¿Y los pilotos del aerocóptero-car?

—Murieron, son cosas que pasan. ¿Qué importa eso ahora?

—Dean, te has ganado todos los derechos a ocupar un lugar preferente en la cámara de desintegración.

—Nadie va a ejecutarme, Joe. Sé de qué lado estoy y cuáles serán mis beneficios futuros.

—Tú no serás jamás rey de los esclavos.

—¿Acaso vas a impedirlo tú?

—No serás rey de los esclavos porque no habrán esclavos. Si es necesario, la Humanidad luchará hasta el último de sus hombres. A lo largo de su milenaria historia y por mucha sangre que se haya vertido, siempre ha salido adelante.

—Alguna vez se tenía que perder. Yo he claudicado de antemano y ahora sólo busco sacar el mejor partido de la situación.

—Me repugnas, Dean. No creí que jamás tuviera que decir de ti algo semejante. Nunca acabé de creer en la historia de los diamantes venusinos que al final ha resultado cierta.

—No tan cierta, Joel. Los diamantes no los traje yo a la Tierra, sino ellos, me los entregaron como pago de mi silencio. Lo malo fue que cuando quise venderlos hubo un soplón y la noticia corrió. Los diamantes me fueron confiscados, apenas pude beneficiarme de ellos y como después de todo no se pudo demostrar que yo hubiera comprado, sólo tuvieron opción a pedirme que presentara mi renuncia voluntaria, ya que no se me podía condenar.

—Hallaste el medio de armonizar con los invasores.

—Sí. Ellos me eligieron como intermediario, yo no los busqué.

—Pero por Io visto, supieron pagarte bien.

—No me quejo.

—¿Con qué te pagaban, con dólares? Sería divertido que los falsificaran.

—No, no los falsifican, pero saben cómo encontrar oro y dándomelo, yo quedo pagado. ¿Satisfecha tu curiosidad?

—En la historia de la Humanidad han habido muchos traidores, pero tú sólo puedes equipararte a Judas, que vendió a Jesucristo.

Tú vas a vender a la Humanidad, porque estoy seguro de que les has proporcionado cuantos datos precisaban.

—Algo había que hacer para compensar el oro que me regalaban, ¿no crees?

Joel Wattman hubo de contenerse para no escupir a la cara del aquel codicioso británico que se había aliado con los namenitas para que éstos pudieran invadir la Tierra con mayor facilidad.

Dio el contacto de la radio y comenzó a llamar:

—Mayor Wattman llama a Victory, mayor Wattman llama a Victory, espero respuesta, espero respuesta. Cambio.

Se produjeron unos instantes de silencio. Dean Winner miró a Joel irónico.

—Parece que no responden.

—Al diablo, Dean. Si esas chicas no son canjeadas y mueren, tú serás el responsable, puesto que las secuestraste para ellos.

—Atención, atención, Victory llamando al mayor Wattman.

Joel se apresuró a contestar a la voz que acababa de brotar por el micro.

—Vuelo en un aerocóptero particular. Solicito permiso para posarme sobre el Victory. Es urgente. Mi posición es V 2.07. Cambio.

—Comprendido, mayor. Siga el acimut ochenta y tres y coincidiremos en el punto V 7.4.1. Cambio y fuera.

Joel miró a Dean y dijo:

—¿Ves? Han respondido y el submarino está precisamente en un lugar al que los namenitas no quieren ir.

—En el fondo del océano.

El aerocóptero, siguiendo la dirección marcada, no tardó en ver aparecer en la superficie de las aguas la figura gigantesca del Victory que, inmediatamente, desplegó una sola de sus plataformas para que el aerocóptero se posara sobre ella, lo cual hizo Wattman con precisión matemática, pese al fuerte oleaje que movía la nave de babor a estribor.

El almirante Carson, acompañado del biólogo Lefetau y Tania Ivanova, le aguardaban en su despacho. Todos quedaron extrañados al ver a Dean Winner.

—¿Y el mayor Ramírez? —inquirió el almirante.

—Muerto en acto de servicio, almirante. También pereció con él

otro piloto cuyo nombre desconozco.

—¿No han ido bien las cosas?

—No demasiado, almirante. Ha venido conmigo el ex astronauta Dean Winner, creo que todos le conocen.

—Merece la pena que atiendan las palabras de Joel Wattman —medió Winner—. Tiene cosas muy interesantes que comunicarles, en especial dónde están las misses desaparecidas.

—¿Eran cierta sus sospechas, mayor Wattman?

—Sí, almirante; las he visto.

—Nosotros captamos una imagen de un platíbolo, pero duró pocos instantes. Luego, se cortó la comunicación.

—Fue el mayor Ramírez, almirante. La emisión se cortó cuando los namenitas destruyeron el Lindbergh-1.001.

—No les gusta que les observen de demasiado cerca, son algo ariscos.

—Lo sabemos —asintió grave el almirante—. Precisamente mataron, al doctor Carpenther.

—¿Cómo fue eso? —inquirió Joel, preocupado.

—Ha sido culpa mía —admitió Tania en voz baja.

—No se acuse, señorita Ivanova. La culpa ha sido de la violencia de esos seres, claro que el que mató al doctor Carpenther murió a su vez.

Winner palideció.

—¿Dice que han matado a uno?

—Así es, al atacante del doctor Carpenther. ¿Le ocurre algo, señor Winner?

—Sí, y muy grave.

Anticipándose a Winner, Joel explicó:

—Ante todo, debo aclarar que Winner trabaja para ellos, por eso está aquí. Desean el canje de los prisioneros que se hallan en el Victory a cambio de las misses. Winner se pondrá en contacto con los namenitas para que el canje resulte un éxito.

—Sí, pero temo que las cosas se están poniendo difíciles —arguyó Winner.

—¿Por la muerte del namenita? Si él atacó al doctor, matándolo, era lógico que se repeliera la agresión.

—¿Tratarán de vengarse en esas pobres chicas? —preguntó Tania.

—Es posible —admitió Dean—. Son seres sin piedad.

—Eso lo sabemos bien, señor Winner, y debo añadir que su posición es indigna. Cuando este asunto termine, usted será juzgado como traidor a la Humanidad.

—No lance bravatas, almirante. Ellos son los fuertes ahora, lo malo es que uno de ellos ha muerto.

—Y podría ser el namenita importante que pretenden rescatar, ¿verdad, Dean?

—Yo no he dicho nada.

—Vamos, Dean, admítelo. Uno de estos tipos es el jefe del platíbolo, por eso están nerviosos.

—Insisto en que no he dicho nada.

—De no ser así, esos tipos hubieran tratado de localizar al submarino y, al verlo emerger, lo habrían destruido. Mas, se abstienen de hacerlo, lo que indica que pretenden recuperar a su jefe.

—La observación del mayor Wattman me parece acertada —dijo el biólogo francés—. Ellos no pueden tener hermandad, sino obediencia.

—Usted que conoce mejor la situación, mayor Wattman, ¿qué opina de todo?

—Es difícil saber si ha muerto su jefe o no, no llevan distintivos. Yo los he visto dentro del platíbolo y todos son iguales, quizá sólo mentalmente se distingan entre unos y otros. Por cierto, nuestro ahora enemigo Winner desconoce el verdadero aspecto de esos seres. Siempre los ha visto en forma de terrestres, tal como se hallan en el platíbolo para recibirnos.

—No entiendo qué tratan de decir —objetó Winner.

—Yo, sí —dijo el almirante—. Será bueno que vea con qué clase de sujetos está colaborando.

Se iluminó la pantalla y, a todos color, aparecieron los dos seres que aún quedaban con vida dentro del Victory.

—¡No! —exclamó Dean sin poderse contenerse.

—¿Le repugnan?

—Les juro que yo no los he visto jamás con ese aspecto. Creía que eran como nosotros, con ligeras variantes y más pequeños. Cuando los vi en Venus también tenían forma humana.

—Ellos sabían el horror que nos inspiraría su aspecto original.

Para evitarlo y al mismo tiempo, pasar más desapercibidos consiguieron el mimetismo con su adelantada ciencia —aclaró el biólogo.

Por su parte, Tania arguyó:

—Yo creía en ellos, mas no ha habido posibilidad de diálogo. Son hostiles y malvados.

Con naturalidad, Joel se acercó a la mujer, pasándole la mano por la espalda. El gesto no extraño a nadie, ni a la propia Tania, que en vez de contrariarse se sintió reconfortada por la protección que le brindaba el hombre.

—¿Arrepentido de su actuación? —preguntó Carson secamente.

Dean Winner titubeó breves instantes, sin apartar la mirada de los dos extraños seres semejantes a pulpos y con ojos más propios de un insecto que de un mamífero.

—¿Qué más da? Después de todo invadirán la Tierra, hay que estar a bien con ellos y sacar el mejor partido del futuro —respondió, recuperando lentamente el aplomo, pero sin apartar sus pupilas de la pantalla.

—Da asco su posición, señor Winner —recriminó Tania—. yo le admiré en sus tiempos de astronauta, pero ahora le desprecio. Jamás hombre alguno ha podido caer más bajo.

Winner sonrió cínicamente y después, replicó:

—Importa poco lo que pueda decirme. Cuando esos seres dominen la Tierra, todos se arrastrarán a mis pies para pedirme ayuda, favores que yo repartiré interesadamente.

—Creo que ya has babeado suficiente, Dean —espetó Joel, asqueado. Encarándose con el almirante, preguntó—: ¿Dónde va a realizarse el canje?

—A bordo del Victory. La posición, la misma en que nos encontramos. Hora, veintidós treinta P. M.

—Ya has oído, Dean. Puedes tomar tu aerocóptero y largarte a comunicar a tus amigos los pulpos que la hora del canje será a las veintidós treinta.

—Ya lo sé, no estoy sordo.

—Desplegaremos la plataforma de aterrizaje para que se pose el platíbolo.

—Sí, será suficiente —asintió Joel, que conocía bien las proporciones de la nave interplanetaria—. Si no hay oleaje, no

habrá problemas.

—Bien, iré a dar la noticia.

Winner abandonó el despacho sonriendo suficiente, sin embargo, se hallaba molesto por las palabras que había tenido que escuchar.

«Me las pagarán todas juntas. Después de todo, ellos serán los primeros en irse al infierno. Cuando los namenitas recuperen a los suyos, hundirán el submarino con sus poderosos cañones Láser y todos irán a parar al fondo del océano.»

El almirante quedó a solas con Joel Wattman, Tania y el biólogo.

—Estamos en una situación muy difícil —dijo grave—. Podemos recuperar a las misses, es lo principal ahora, pero esos seres se marcharán y regresarán luego, creando el pánico en la Tierra. Además, está su proyectada invasión.

—Creo que va a ser casi imposible superar esta situación. Esos seres parecen bien armados y siguen su consigna hasta la muerte, ellos no la temen como nosotros —observó el biólogo.

—Pero, ¿qué se puede hacer, destruirlos?

Joel intervino:

—Por lo que he podido captar telepáticamente, en la Tierra sólo está esa nave exploratoria, por supuesto fuertemente equipada para el combate.

—¿El Victory podría luchar contra ella? —preguntó Carson.

—Lo ignoro, pero si el submarino fuera hundido por ellos, sería el principio del fin —indicó Joel.

—Sí, es cierto. La responsabilidad es grande en estos instantes, no se decide la vida de una tripulación, sino la de toda la Humanidad.

—Almirante, las otras naves aguardan en la Luna. Estas, al recibir la orden del platíbolo, nos invadirán y una vez el planeta dominado, se efectuará la emigración total. Si impedimos que esta nave envíe su mensaje o logramos que éste sea negativo, las otras naves marcharán de la Luna en dirección a otro sistema solar, buscando un nuevo planeta idóneo para su subsistencia.

—Esa es la gran solución, Wattman, y puesto así el problema no me queda otra alternativa que dar la orden de aniquilar la nave namenita una vez rescatadas las misses.

El biólogo, comentó:

—Si esos seres nos invadieran, la Tierra jamás habría conocido esclavitud peor, ya que carecen de sentimientos.

—Mayor Wattman, usted ha estado en el platíbolo, ¿ha podido averiguar cuál es su punto débil, el lugar por donde pueden ser atacados?

—Almirante, tenga presente que esos seres captan nuestro pensamiento y si se dan cuenta del ataque inminente, se nos adelantarán. Si me permite una opinión...

—Dígala, mayor, estamos faltos de ideas.

—Tengan todo el equipo de combate preparado para la acción, pero no comunique nada a sus hombres. Diga que es un simulacro, que nadie piense que va a atacar. Si los namenitas interfieren los cerebros de nuestra tripulación, que no capten nada anormal.

—¿Y luego?

—Estudiaré la forma de atacarlos, pero lo haré yo solo.

—¿Usted solo, cómo?

—Denme total libertad de acción. Para destruir esa nave debe hacerse tipo misión especial, que ellos no esperen el ataque. Si yo fallo, dé usted orden de disparar contra el platíbolo sin importarle donde yo esté.

—¡Joel! —exclamó Tania sin poderse reprimir. Dándose cuenta de que se había puesto en evidencia, se apresuró a agregar—: Eso sería un suicidio. Esos seres matan, el doctor Carpenther ya murió y...

—¿Qué importa una vida si consigo hallar el punto vulnerable de nuestros invasores? Por cierto, doctor Lefetau, tengo unas sospechas respecto a esos seres.

—¿Quiere conocer alguna propiedad física o química de ellos?

—Sí. Como supongo que conservan cuidadosamente restos de esa especie de cefalópodos, me agradaría hacer algunas pruebas junto a usted.

—Como desee, mayor Wattman, toda mi ciencia está a su disposición. Le admiro a usted, en nada se parece a Winner y, le digo más, tengo confianza en usted.

—Mayor Wattman —interpeló el almirante Carson, haciendo que Joel se volviera hacia él—. Todos tenemos confianza en usted. Si su plan no tiene éxito, nos encontraremos en el fondo del

océano, a menos, que nuestros cañones sean más potentes que los suyos y la coraza del platíbolo namenita no consiga detener nuestros rayos.

—Bien, almirante, si esos seres nos vencen, mejor estaremos en el fondo del océano que arriba.

Saludó militarmente y acompañado del doctor Lefetau, abandonó el despacho.

Las horas comenzaban a contar.

Nadie más que ellos iba a conocer la hora clave, las veintidós treinta, cuando el océano se hallara plagado de sombras y el cielo de estrellas, testigos mudos del gran enfrentamiento que iba a producirse entre seres tan opuestos, no sólo de distintos planetas, sino también de distintos sistemas solares.

Quienes conocieran la hora precisa, no cesarían de consultar infatigablemente el reloj, a cada minuto, a cada segundo que transcurriera.

En la mente de Joel Wattman bullía un plan que, expuesto en aquellos momentos, parecería descabellado al Gobierno mundial de la Tierra, que se vanagloriaba de poseer armas superpoderosas.

Mas, Joel sabía que los namenitas sólo podían caer en una trampa y no en un enfrentamiento directo.

De todas formas, su plan sería la últimas oportunidad para la supervivencia de la Humanidad terrestre, abocada a una destrucción masiva por seres monstruosos, pero dotados de una fabulosa inteligencia científica.

CAPITULO IX

Joel S. Wattman se hallaba estirado en el catre de su camarote. Encima de él había una litera vacía, la del mayor Ramírez, el simpático mexicano muerto bajo el fuego namenita.

Cuando el humo del tabaco había penetrado hasta el último de los alvéolos de sus pulmones, lo expulsaba y éste brotaba de su boca como por el cráter de un volcán que amenazara erupción.

Faltaban dos horas para el canje y Joel Wattman había tomado ya tres cafés, el sueño jugaba a cerrar sus párpados.

«El inyectable del doctor Carpenther está agotando su efecto y

cuando llegue el momento, el sueño va a vencerme y no podré quejarme, ya fui advertido de ello. ¿Ocurrirá eso en el momento cumbre? Espero que no. ¿Cuándo diablos me traerán la otra taza de café que he pedido?»

Joel Wattman pensaba, elucubrando todas sus posibilidades. Había trazado ya su plan y lo que más temía era caer dormido. Mantenía una lucha titánica contra sí mismo, contra el sueño. Eran ya muchas las horas que no dormía, y el inyectable sólo había hecho que alargar un plazo que al final debería pagar más caro, con un sueño largo y reparador.

No quería estar frente al ahora nervioso almirante, pues si éste se percataba de que el sueño le dominaba, requeriría a otro para ocupar su puesto en el plan trazado. No. no podía dejar traslucir que se dormía por momentos. Y todavía faltaban dos malditas horas para el canje...

Se escucharon unos golpes suaves en la puerta del camarote. Joel autorizó:

—Adelante.

La hoja se abrió y lo primero que apareció fue una taza de café sobre la bandeja que portaba la propia Tania Ivanova, que sonreía tímidamente.

—Aquí está tu café, Joel.

—Ah, gracias, pero no era preciso que hicieras de camarera.

—Lo he hecho con mucho gusto, Joel —repuso cerrando la puerta con su espalda.

El hombre tomó su taza tras incorporarse en la cama. Ella le observó quieta, hubiera podido decirse que estaba admirándolo y no se recataba en hacerlo.

Joel levantó sus ojos por encima de la taza, cruzándolos con la fémina.

—¿Preocupada?

—Si —asintió de forma apenas audible.

El hombre suspiró.

—Tania, creo que nos hemos conocido en un mal momento. Quizá dentro de un par de horas ya sea tarde para todo y hablar de amor ahora sería algo tonto, fuera de lugar.

—Te comprendo.

Se quitó las gafas que dejó sobre una mesita y luego se despojó

de la guerrera, ofreciendo a la vista del hombre la blusa blanca que moldeaba los erectos senos.

Alzó sus manos y comenzó a quitar las horquillas que sujetaban su cabello, dejándolo caer como una cascada áurea sobre los hombros.

—Pese a nuestros primeros tropiezos, nos comprendemos, Tania.

Antes de responder, Ia mujer movió su cabeza, sacudiendo el brillante cabello que medio cubrió su mejilla. Su mirada azul brindó amor.

—He sido una tonta. No he conocido el amor porque jamás me había tropezado con un hombre como tú.

—Será mejor que te marches.

—¿Por qué?

—Estoy en tensión, comienzo a tener sueño y no sé si puedo responder de mis actos. ,

—¿Temes morir?

—No, pero existe esa posibilidad. La orden es de destruir a los namenitas, cueste Io que cueste.

—Joel, si a la Humanidad sólo le queda una hora de vida, una hora de libertad, vivámosla.

Se sentó en el borde de la cama y las manos del hombre abandonaron la taza ya vacía.

Sus labios olvidaron el sabor amargo del café para endulzarse con la miel que la mujer le brindaba en su boca.

Las manos de Joel supieron de la estrechez de la cintura femenina, su pecho de la turgencia de los senos y sus labios del sedoso contacto de los de ella.

Si tenía que morir dos horas más tarde, era lícito que quisiera vivir, vivir y amar y Tania le amaba, no cabía duda. Aquello no era simple admiración, sino amor, el amor más grande que pudiera sentir una mujer llena de femineidad.

Los minutos fueron transcurriendo, ahora más rápidamente.

* * *

En mitad del océano apareció la figura ahora refulgente del platíbolo interestelar, mostrando su forma ovoide.

Dean Winner, a bordo del mismo, se hallaba frente a una de las escotillas de cristal, escrutando las aguas negras por la noche. Sin embargo, bajo la luz de la luna, brillaban en muchos puntos.

Consultó su reloj fosforescente.

—Faltan dos minutos.

El namenita que estaba cerca de él, le dijo telepáticamente:

—Si la nave no sale del océano, mataremos a todas las hembras que tenemos a bordo.

—No cometan esa estupidez todavía —advirtió Dean Winner—. Si lo hacen, se declarará una guerra abierta.

—De todos modos, habrá guerra. Cuando recuperemos a nuestros hermanos, hundiremos la nave terrestre.

—Sí, es lo más oportuno, pero no digan hermanos. Uno de ellos es el jefe de la misión exploratoria.

—Sí, pero no es bueno que los terrestres lo sepan —advirtió el namenita.

Dean Winner escrutó aquella figura de hombrecillo insignificante sin poder dar crédito a que debajo de ella se escondiera aquel monstruo horrible.

Prefirió olvidarlo y optó por preguntar:

—¿Están preparadas las chicas?

—Sí, ya han despertado.

—Iré a verlas.

Dean Winner abandonó la escotilla y fue a la entrada. Allí estaba todas las chicas hablando quedo entre ellas, preguntándose nerviosamente sin que nadie les respondiera.

—Hola, encantos.

Toda se quedaron mirando a! hombre. Una de ellas le reconoció de inmediato.

—¡Si es Dean Winner!

Otra se adelantó, preguntando:

—¿Dónde estamos, qué ha ocurrido? ¿No nos esperan en Cuba?

—Lo de Cuba ya pasó, chicas, ahora van a ser trasladadas al submarino Victory, de la escuadra del Gobierno mundial. No tengan miedo.

—¿Es que los marines quieren dedicarnos una fiesta? —inquirió la representante de Italia, riéndose.

—Sí, os harán un buen recibimiento, pero os aconsejo que no os

pongáis a hacer florituras al bajar.

—¿Al bajar de dónde, en qué lugar estamos?

—En una nave aérea. Os advierto que hay peligro, es mejor que os apresuréis al salir de esta nave.

—¿Peligro, qué clase de peligro? —preguntó una de ellas.

—No hay tiempo para explicaciones, obedeced. Abajo se está rodando una película con fuego real.

—Ignorábamos que formáramos parte de un filme —exclamó la británica.

La francesa quiso saber:

—¿Cuánto nos pagarán?

—Eso lo discutiremos luego, sólo os advierto que el fuego puede ser real. Debéis desocupar la nave inmediatamente, avanzando en dirección contraria a unos extraños seres que subirán al platíbolo.

—¿Unos extraños seres? —repitió la norteamericana—. Ahora comprendo, usted, como astronauta, está participando en la filmación de una película del espacio, algo así como la invasión de los alienígenas, ¿no?

Dean Winner, que estaba aleccionando a las féminas para que realizaran sus planes tal como deseaba, sonrió abiertamente; se habían tragado el embuste.

—Eso es, invasión de extraterrestres. El lugar donde nos hallamos es un platíbolo y ustedes son las heroínas que van a ser rescatadas, por tanto dejarán paso a los extraños seres que vengan en dirección contraria.

—¿Los han diseñado muy feos? —interrogó la canadiense.

—Algo así como pulpos, pero son de plástico y dirigidos por ondas, de modo que no les teman y no provoquen pánico.

—¿Y veremos a los cámaras? —preguntó la australiana, retocándose el cabello coqueta.

—No, están disimulados para que se vea todo muy real. Ahora, ya nada tengo que añadir. Prepárense a hacer sus papeles lo mejor que puedan. Si alguna lo hace mal, no repetirá la experiencia.

Todas quedaron convencidas. Una de ella, comentó:

—Qué divertido, no nos damos cuenta y estamos metidas en una película. Y yo que tuve pánico cuando me dormí en el aerocóptero-car…

—Yo opino que debieron contar con nosotras —protestó la

colombiana.

—Yo pediré más dinero por no haberme preguntado.

Mientras se alejaba, Dean Winner pensó:

«Cabecitas de serrín... Es una lástima que os vayáis al fondo del océano siendo tan bellas, pero hay muchas mujeres como vosotras en la Tierra, mujeres que se arrastrarán a mis pies para ofrecerme sus favores a cambio de un lugar descansado junto a mí.»

Sonrió, y al aproximarse a la escotilla vio brotar espuma del océano.

El platíbolo se hallaba quieto, como suspendido en el aire a unos seiscientos pies de altura del punto marcado de antemano. Abajo, el gigantesco submarino nuclear afloró a la superficie del océano con su estructura oscura.

Las dos grandes plataformas mecánicas se desplegaron y la nave quedó quieta, apenas se podía percibir en ella el movimiento del oleaje.

El submarino permaneció inmóvil unos instantes. Luego, encendió el foco de señales y un técnico comenzó a mover las persianas lanzando en morse-inglés un mensaje que, por lo menos Dean Winner, podía captar a la perfección.

El platíbolo se movió lentamente, perdiendo altura pie a pie, hasta situarse sobre la pista de aterrizaje del Victory, cuya línea de flotación bajó varios pies a causa del peso de la gran nave que ocupó casi totalmente la superficie de pista para aterrizaje.

Dean Winner, que hacía las veces de intérprete de los namenitas con un megáfono, dijo al tiempo que se abría la puerta de la nave y descendía una rampa que se apoyó en el suelo de acero:

—¿Están los namenitas preparados para el canje?

Como réplica se escuchó otra voz cuando ya todas las escotillas del submarino estaban abiertas. Sin embargo, el hangar sólo se había abierto como cuatro pies, lo justo para que pasaran dos o tres personas a un tiempo por entre ellas.

—Habla el almirante Carson. ¿Están las misses preparadas?

—Sí, almirante. Saldrán cuando veamos a los namenitas.

—Miren la puerta del hangar.

Un foco del propio platíbolo fue dirigido hacia la puerta del hangar. Allí estaba los dos seres extraterrestres con su horrible aspecto.

—Bien, ahora saldrán las chicas. Mientras ellas caminan hacia ustedes en dos filas, que los namenitas avancen hacia la nave y sin trucos, porque morirían las mujeres. En todo momento estarán encañonadas.

—Lo tendremos en cuenta, Winner, pero los namenitas no arribarán al pie de la rampa del platíbolo hasta que la última de las chicas lo haya abandonado y también es bueno que recuerden que esos dos seres estarán bajo nuestro fuego en todo momento. Si ocurre algo, ellos serán los primeros en morir y sabemos que uno es un importante jefe.

Uno de los namenitas se acercó a Winner, objetando:

—Eran tres.

Dean carraspeó. Pese a que se comunicaba telepáticamente con ellos, había tratado de no pensar en el namenita muerto a bordo del Victory para que aquellos seres no se pusieran nerviosos y lo echaran todo a rodar, ante la presencia de sólo dos de ellos, ya no podía callar más.

—Hubo pelea, un terrestre murió y también un namenita. Lo siento, no se pudo evitar. Cuando yo llegué ya había ocurrido.

El namenita miró a través del cristal y luego quedó quieto, pensativo. Dean Winner tuvo la impresión de que se estaba intercomunicando con los seres que habían aparecido en el Victory.

—No importa —comunicó al fin—. El jefe está vivo.

Dean suspiró. Luego, tomó el megáfono y ordenó:

—Vamos, chicas, comiencen a salir. Dejen un espacio en medio para que vayan acercándose los alienígenas a la nave. Les advierto que la escena ha costado mucho dinero y no podría repetirse.

Las misses creyeron en las palabras de Winner y empezaron a descender por la rampa sonrientes, como si nada ocurriera. Pese a ser las protagonistas del canje, ignoraban totalmente la gravedad de la situación, ya que se creían parte de la filmación de una película que luego aumentaría su popularidad en todo el mundo.

Dentro del Victory, todos estaban en tensión. En el puente, el almirante Carson permanecía junto al biólogo Lefetau y Tania Ivanova. Allí no estaba Joel S. Wattman.

El almirante Carson sabía bien la orden que debía dar cuando llegara el momento decisivo y lamentaba profundamente enviar a la muerte al mejor y más valeroso hombre que había conocido

jamás, Joel Wattman.

El mayor Wattman apareció por el lado de babor del Victory, cerca de la popa.

Vestía de hombre rana.

Trepó al submarino agarrándose a la barandilla de cable de acero.

En la posición que se hallaba, nadie podía verle.

Ya seguro sobre la superficie de la nave, tiró de una cuerda de nylon sujeta a su cintura y aparecieron varias mangueras que subió a bordo del Victory, ocultándose debajo del platíbolo.

El calor allí era más que sofocante. En el descenso, los motores de platíbolo habían calentado la plancha de la pista hasta una temperatura inverosímil y Joel, que había previsto tal situación, caminaba con botas de amianto y andaba con cuidado para no quemarse.

Conectó las mangueras a las bocas de agua dispuestas para casos de emergencia y distribuyó las salidas de las mangueras en lugares estratégicos. Luego, sacó un intercomunicador protegido con plástico y dijo tan sólo:

—Listo.

Los dos namenitas, centro del canje, caminaban entre.las misses. Las chicas hacían comentarios sobre el desagradable aspecto de los alienígenas, ignorando que eran verdaderos y no ficticios, como les contara Dean Winner.

Los dos namenitas llegaron al pie de la rampa. Se escuchó la orden del almirante ordenando a las muchachas:

—¡Corran todas al interior del submarino, por Dios, corran o van a morir!

Las chicas corrieron hacia el hangar que se abrió un poco más, para que pudieran penetrar en él mientras el resto de escotillas de la nave se cerraban apresuradamente.

Los dos namenitas empezaron a subir por la rampa con su lento caminar, cuando ocurrió algo inesperado para los seres del espacio.

Por las mangueras que Joel había instalado, comenzaron a brotar chorros de agua que, al ponerse en contacto con las planchas candentes de la pista de aterrizaje bajo el platíbolo y también con la superficie metálica de éste, se convirtieron rápidamente en una casi estruendosa nube de vapor que envolvió la nave

interplanetaria.

Los dos namenitas que ascendían por la rampa quedaron envueltos por el vapor. Se contorsionaron primero para convertirse luego en pelotas que rodaron rampa abajo y luego sobre la pista, sumergiéndose en el océano.

Era el momento cumbre.

Brotaron varios chorros de Láser del platíbolo, mas los fotones tropezaron con la nube de vapor que esparció el chorro mortal, convirtiéndolo en un halo de gran luminosidad. Los rayos que consiguieron cruzar el vapor ya eran débiles e impotentes. Las moléculas dispersas de vapor habían actuado como un muro de hormigón, haciendo difuso el chorro rectilíneo que hubiera sido letal.

Todo se cerraba en el Victory mientras Joel, con una manguera ligera y en medio de la nube de vapor que le daba la impresión de estar cociéndose, saltó sobre la rampa. A riesgo de que ésta se cerrara, exponiéndose a ser taladrado por las armas de los namenitas, saltó al interior del platíbolo, llevando por delante el chorro de agua que, convertido en fina lluvia, mojó hasta los lugares más recónditos de la nave.

—¡Joel! —exclamó Winner, apareciendo junto a él.

El británico albino estaba armado y Joel sólo tenía la manguera, que enfocó contra Winner, desconcertándolo y haciendo que no pudiera apuntar con su pistola.

Había que luchar contra Winner, mas aparecieron tres namenitas armados y Joel no prestó atención al inglés, mojando primero a los extraterrestres que, al contacto con el agua, fueron de un lado a otro.

Joel Wattman había comprobado junto al biólogo Lefetau el porqué de la aversión que aquellos seres sentían por el agua. Esta era para ellos como un poderosísimo disolvente. A su solo contacto se llagaban, y la mayor parte de su cuerpo se disolvía si el contacto se prolongaba.

El agua era para ellos como para los terrestres el ácido sulfúrico, capaz de disolver casi todo el cuerpo, cegándolos inmediatamente si tocaba sus ojos o quemando su boca y sus manos. En el laboratorio habían comprobado tal circunstancia, que Joel ya sospechaba.

—¡Maldito Joel, lo estás estropeando todo!

Winner se abalanzó contra él, mas Joel se apartó, haciéndole dar un traspiés. Dean Winner rodó rampa abajo hasta dar con sus huesos sobre la pista de aterrizaje, envuelto en la nube de vapor.

El submarino, que había cerrado todas sus escotillas poniendo a buen recaudo a las misses, comenzó a sumergirse rápidamente. Uno de los primeros en percatarse de ello fue Dean Winner que, al ponerse en pie, comprobó con espanto que el agua ya le cubría los talones y que el submarino seguía sumergiéndose.

Arriesgando su vida, Joel se internó en el platíbolo, lanzando chorros de agua contra la docena de namenitas que vio en la sala de mando y control. Si aquellos seres hubieran tenido cuerdas vocales, los gritos habrían sido infernales.

Joel Wattman no les daba tiempo a reaccionar. Pulverizaba sus cuerpos con el agua que brotaba de la manguera cuando el platíbolo comenzó a moverse, a oscilar de un lado a otro.

Joel Wattman, vestido de hombre-rana, resultaba muy extraño para aquellos seres, que apenas tenían tiempo de mirarlo desconcertados. Mas, dos sacaron sus armas, encañonándolo, dispuestos a eliminarle del mundo de los vivos.

En aquel instante, el platíbolo efectuó un giro brusco de costado, y tanto él como los alienígenas salieron despedidos hacia los costados, evitando por milagro que Joel cayera bajo las armas namenitas.

El platíbolo había caído sobre el océano al sumergirse el submarino que lo sostenía. El agua entró en tromba por la puerta de la nave interestelar, hundiéndola.

Dean Winner pagó cara su traición al ser absorbido por el gigantesco remolino provocado por el Victory al sumergirse.

El interior del platíbolo se inundó totalmente y aquello fue mortal para los namenitas que se escondían en él.

Aferrado a unas pasarelas, Joel Wattman aguardó a que la nave se inundara totalmente. Aquello era como caminar por un alambre sobre el cráter de un humeante volcán.

Cuando cesó la corriente dentro el platíbolo que se hundía en el profundo océano, del que ya no saldría jamás, Joel nadó hacia la salida, sirviéndose siempre del oxígeno de las bombonas adosadas a su espalda. Al fin, escapó de la nave.

El Victory tornó a emerger y los potentes focos rastrearon la superficie de las aguas. Todos estaban en suspenso, ni una sola voz se escuchaba en la nave cuando de pronto fue Tania Ivanova quien lo descubrió:

—¡Allí, allí está Joel y vivo y nos saluda con la mano!

El almirante Carson respiró hondo y sonrió.

—Me alegro de que ese muchacho que ha salvado a la Humanidad también haya podido salvar su vida, ahora que esos seres han desaparecido en el océano.

—Y los que aguardaban en la Luna se alejarán de nuestro sistema solar tal como tenían previsto si su misión exploratoria fracasaba —puntualizó Lefetau, también satisfecho y descansado por el éxito de Wattman.

—La noche de San Silvestre que precederá al año dos mil será una fiesta fabulosa y no una noche negra tal como habíamos temido. Usted, señorita Ivanova, podrá brindar junto al mayor Wattman.

Mas Tania, ya no le escuchaba. Corría hacia la cubierta del Victory para ser la primera en abrazar a Joel Wattman, rescatado de las aguas.

FIN